

SEDA Y NIEBLA PARA EL ASESINO

CURTIS GARLAND

El alarido coincidió con el descenso de la hoja de acero, frío y centelleante, sobre la garganta rosada, salpicada de pecas, e incluso con un lunar muy nítido, justo en su centro, cerca de la nuez.

Todo eso se quedó inmediatamente bañado en un rojo violento. Brotó, gorgoteante, el tumulto escarlata.

El grito se convirtió en una especie de espeluznante berrido inhumano, a medida que el acero hendía la garganta.



Curtis Garland

Seda y niebla para el asesino

Bolsilibros: Selección Terror - 110

ePub r1.1
xico_weno 29.08.16

Título original: *Seda y niebla para el asesino*
Curtis Garland, 1975

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

Primera parte

SEDA.

CAPÍTULO PRIMERO

Jarvis, el cantinero, cojeó camino de las vidrieras empañadas de su negocio.

—Lo siento, preciosa —dijo con sequedad—. Debo cerrar ya. Es muy tarda.

—Un momento más, Jarvis —rogó Maggie Brown con su pastosa voz de aguardiente—. Sólo un momento, querido. Lo preciso para tomarme una copa. La última…

—Vete al diablo —refunfuñó Jarvis malhumorado, sacudiendo la cabeza—. Todavía tengo cosas que hacer. Y mañana debo levantarme temprano, porque vendrá el cargador de barriles y me espera una dura tarea. Tú sólo tienes que acostarte y dormir la borrachera, Maggie. A estas horas, y con el alcohol que llevas encima, no creo que intereses a nadie.

—Eres un cerdo asqueroso —se engalló ella irguiéndose, con altivez harto precaria, tambaleantes sus piernas, torpe el gesto bajo los cabellos, rubios y desordenados. Soltó un hipo casi cómico, y tuvo que ponerse las manos sobre el busto—. Yo, Maggie Brown, soy la chica más bonita que pasea por Lambeth Road, maldita rata. Muchos caballeros de Pall Mall o del Strand, darían un puñado de guineas por mí.

—Seguro —rió Jarvis entre dientes, empezando a poner los postigos de madera sobre las vidrieras de colores asomadas a la noche, húmeda y brumosa—. Para no verte más, con toda seguridad. O para que no les envenenaras con tu aliento.

Maggie se enfureció, soltando un eructo, y tratando en vano de apurar una copa que estaba ya harto apurada. Luego, tiró el recipiente contra el suelo, donde se hizo añicos.

—¡Juro que te arrepentirás de esas groserías! ¡No volveré a poner los pies en tu asqueroso tugurio, de eso puedes estar bien

seguro! —farfulló.

—Sería demasiada felicidad —resopló Jarvis, haciendo resonar su desigual modo de andar camino de la otra vidriera, con el segundo postigo entre las manos—. Si tienes dinero, es posible que no vengas por aquí. ¿Pero quién te fiaría unas copas, cuando no llevas ni un maldito penique en tu faltriquera, Maggie Brown?

Ella soltó otra retahíla de enfurecidos denuestos. La cortina del fondo del local se alzó, y apareció en el umbral de la trastienda un joven alto, enjuto y pálido, vestido con el pantalón y la camisa propios de su tarea de mozo de cantina. No venía solo. Arrastraba dificultosamente entre sus delgados brazos a un hombre que resoplaba. Era un hombre bien vestido, de levita verde oscura, camisa rizada y macferlán de buena lana, color pardo. Los cabellos eran de un tono oscuro, y llevaba largas patillas bien recortadas.

—Eh, patrón, éste se quedó ahí dentro —refunfuñó el joven mozo, dejando con un resoplido a su humana carga junto a una mesa—. Debió entrar en el servicio a vomitar todo el alcohol que le sobraba a su cuerpo… y se quedó ahí dormido. ¿Qué hago con él?

—Maldito sea el tipo —se irritó Jarvis, contemplándole ceñudo —. Todas las complicaciones me caen a mí. Podríamos tirarlo a la acera y dejar que la humedad y el frío le despabilaran, pero cualquier rufián sería capaz de despojarle de todo. O una mala pécora como Maggie Brown, por ejemplo, de quitarle hasta el último penique de los bolsillos, y las sortijas de sus manos.

Rugió ella, con ojos llameantes, pero fija su mirada codiciosa en el grueso anillo de oro que lucía en una de las manos velludas y fuertes el desconocido:

—¡Maggie Brown nunca obtiene nada que no se gane honradamente y por ella misma!

—Si fuera así, no tendrías una guinea ni para comer en un mes —rezongó entre dientes el cantinero. Miró a su mozo, que resoplaba aún por el esfuerzo, cansado su delgado y pálido rostro de adolescente, y añadió, pensativo—: Échale una jarra de agua fría por encima. Si no se rehace, le sigues mojando. Busca adentro. Creo que hay un frasco de sales por ahí. Se lo pones bajo la nariz, y le empujas luego a la calle, apenas se recupere un poco. Esto no es un asilo de inútiles y borrachos. Que se largue por ahí. Y si quiere que lo desplumen y, además, le corten el pescuezo en cualquier callejón

oscuro, que sea lejos de mi casa y que, cuando menos, se entere de lo que le ocurre…

—Cortarle el pescuezo… —Maggie, instintivamente, llevó una de sus manos temblorosas por el alcohol, a su desnuda garganta, que rodeaba una cinta de terciopelo negro con un deslucido camafeo sin valor alguno—. Por todos los santos, Jarvis, no hables así… El… él no corta nunca el cuello a los hombres. Sólo a las mujeres…

—¿Él? —repitió el cantinero, sin entender muy bien.

—Sí, patrón. Él… El Degollador… o el Carnicero, como le llaman algunos… Maggie debe referirse a él…

Jarvis frunció el ceño, mirando al joven. Luego, estudió de reojo a Maggie Brown, que parecía súbitamente alterada y temerosa, con la mirada fija en la niebla que se apelmazaba detrás de la única vidriera libre de postigos ahora, la angosta y sucia de la puerta de entrada a la *pub* de Lambeth Road.

—Oh, eso… —refunfuñó, encogiéndose de hombros—. Hay mucha fantasía en la gente… Yo no creo que todos esos crímenes sean obra de una sola persona. No, señor… Estamos rodeados de pillos, eso es lo que ocurre… Vamos, vamos, Jonathan, tira el agua a ese caballerete. Y tengamos cuidado con él, no sea uno de esos ebrios que, una vez pierden su dinero en la calle o les roban su cartera repleta de billetes, viene a reclamarnos a los honrados comerciantes…

—¿Tú, honrado, Jarvis? —La mujerzuela rubia, Maggie Brown, trotacalles infatigable de Lambeth, soltó una estentórea carcajada, más propia de un mozo de cuadras que de una fémina, y se tumbó sobre una mesa manchada de cerveza, con grave riesgo de que su torso surgiera en toda su plenitud de la cárcel de seda y encajes—. ¡Vamos, no me hagas reír!…

—Maldita mujer… —farfulló el cantinero, disgustado, mirándola con desprecio. Volvióse a Jonathan, su joven y larguirucho mozo que, embelesado, contemplaba a la buscona como en éxtasis—. Por todos los diablos, Jonathan, muchacho, deja a ésa y olvida lo que ves. Realmente, no vale demasiado, aunque a tus ojos de adolescente les parezca otra cosa. Ese agua… ¡y a la calle con el caballero! Y tú, Maggie, procura no acercarte a él cuando lo dejemos de patitas en la acera. Eres capaz de aprovecharte de su

embriaguez y embolsarte su dinero. Si algo le ocurre, serás responsable, no lo dudes.

—¡Idos todos al infierno, hatajo de rufianes! —Aulló Maggie, furiosa, soltando un salivazo contra Jarvis, el cantinero—. ¡La hija de mi madre no ha descendido aún tan bajo! ¡No soy ninguna ladrona, entiéndelo bien! ¡Si obtengo algo, siempre es a cambio de lo que vendo!

Encaminóse furiosa hacia la salida. Jonathan la sonrió bobaliconamente, como disculpando a su amo y a sí mismo. Ella le rozó violentamente, y el muchacho enrojeció con viveza.

—Disculpa al patrón, Maggie —dijo en voz baja—. No está de buen humor…

—¡Eh, tú, mocoso! —Exclamó Jarvis, arrugando el ceño—. ¿Qué hablas con ésa? Es capaz de hacer cualquier cosa por menos de diez chelines, la muy… Te he dicho que traigas el agua, y bien fría. Anda, olvídate de esa clase de mozas. No te convienen, Jonathan. Deberías darte un paseo por el hospital. Hay muchos que nunca sanarán… porque tras ellas se oculta la miseria moral y física.

—¡Hatajo de bastardos! —aulló la voz de Maggie, al tiempo que trepidaba la puerta vidriera por la fuerza con que la cerró. Ya en la calle, su voz aguardentosa retumbó en la espesa neblina nocturna—: ¡No me sorprendería que tú mismo, Jarvis, pirata, fueses el Degollador, cuando cierras tu establecimiento! ¡Te conocemos todas muy bien, y habrá tontas que confíen en ti, hasta el punto de dejarte acercar con un cuchillo de carnicero en la mano!…

Siguieron sus insultos, entre risotadas de borracha. Jarvis, enrojecida violentamente su hosca faz, tenía centelleantes sus ojos oscuros, bajo las cejas hirsutas. Al volverse a su mozo, Jonathan, retrocedió impresionado por su gesto terrible.

—Esa pájara… —refunfuñó el cantinero, con mal disimulada ira —. Debería ser ella la que se encontrara esta noche con el carnicero ese de mujeres, el tipo que tiene la buena idea de ir degollando mujerzuelas por todo el sur del río…

Ya Jonathan arrojaba dos jarras de agua sobre el individuo bien vestido, que resoplaba, tosiendo y devolviendo el líquido elemento entre sus labios, con arcadas de beodo. Parpadeó, violento, echándose atrás, bastante despejado al parecer.

—Eh, quietos, quietos, por todos los demonios… —rezongó—.

¿Pretendéis matarme acaso?

—Disculpe, señor —habló Jarvis, solícito—. Sólo pretendemos reanimarle un poco. Es muy tarde, señor. Y vamos a cerrar…

—¿Tarde? —En la pared de la cantina, oportunamente, sonaron varios cuartos. El tipo bien vestido miró hacia el reloj, asombrado —. Cielos, las dos menos cuarto… Tiene usted razón, cantinero. ¿Ha ocurrido algo? ¿Le… le he causado destrozos quizá?

—No, nada, señor —rió Jarvis—. Sólo que… se durmió en el servicio. Eso fue todo. Voy a cerrar el establecimiento. Si me hace el favor…

—Claro, claro. Esta maldita bebida… —El hombre de cabello oscuro sacudió la cabeza. De su macferlán saltaron gotas de agua—. Cuando bebo demasiado y lo mezclo con un medicamento que me recetaron, acostumbro perder el conocimiento durante unas horas…

Luego, rara vez recuerdo algo de lo sucedido, maldita sea… Bien, amigos. Gracias por todo. Celebro que sólo haya sido un sueño en su servicio, sin mayores desperfectos, señor… Gracias a ambos… y buenas noches.

Luego, tendió un billete al joven Jonathan, que lo miró, asombrado.

—Es… es media guinea, señor —dijo, sorprendido.

—Es tu propina —sonrió el hombre, irguiéndose con cierta serenidad—. Eso, por tu eficacia en despertarme…

Salió, llevándose la mano al borde del ala del sombrero negro, de alta copa de reflejos, que tomara instintivamente de un perchero situado cerca de la salida, y cuya existencia allí sin duda no había llegado a olvidar en su sueño de ebrio.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras el hombre, Jarvis se rascó los cabellos, apresurándose a ajustar los postigos de la entrada. Pasó el cerrojo luego, y respiró aliviado.

—Extraño sopor el de ese cliente —comentó—. Ahora parecía totalmente sereno.

Incluso recordó dónde dejó su sombrero…

—¿Qué está pensando, patrón? —indagó Jonathan, con su peculiar gesto bobalicón.

—No, nada… —refunfuñó para sí el cantinero. Y añadió en voz alta, renqueando hacia el fondo de su cantina—. Hoy en día, nadie sabe ya si un tipo puede ser víctima… o verdugo. Vamos, Jonathan,

a descansar. Mañana nos espera un duro día de trabajo…

—Sí, señor…

Dócilmente, siguió a su amo. En Lambeth Road, las luces de The Golden Horse ya no eran visibles en la niebla. La amplia calle, en la orilla sur del Támesis, aparecía más oscura que nunca…

Más propicia que nunca a que los pasos de la Muerte, sobre el empedrado charolado, resbaladizo de humedad ribereña, condujera a unas manos asesinas hacia la garganta pálida de otra mujer indefensa…

El grito desgarró la noche, súbitamente.

Era un espeluznante alarido de mujer. El que se emite cuando se ve la Muerte cara a cara, y nada se puede hacer por aludirla…

* * *

El alarido coincidió con el descenso de la hoja de acero, frío y centelleante, sobre la garganta rosada, salpicada de pecas, e incluso con un lunar muy nítido, justo en su centro, cerca de la nuez.

Todo eso se quedó inmediatamente bañado en un rojo violento. Brotó, gorgoteante, el tumulto escarlata.

El grito se convirtió en una especie de espeluznante berrido inhumano, a medida que el acero hendía la garganta.

Sobre aquel horror, el rostro se convertía por momentos en una máscara de yeso, tras pasar por el tono de la cera. Los ojos azules, muy desorbitados, contemplaron con pavor la figura erguida ante sí. Las manos con guantes de malla, se crisparon en el vacío, en un simple espasmo supremo. La boca carnosa, muy pintada, se abrió, pugnando acaso por buscar aire respirable en la niebla. Sólo encontró sangre. Sangre que la inundó.

El cuchillo largo, afilado, goteante de rojo, se apartó de su garganta con un chasquido casi feroz. Se despegó dificultosamente de la carne, a la que se adhería como un imán.

Unas manos enguantadas de negro, firmes y sin vacilaciones, empuñaban su mango. Fríos ojos mortíferos se clavaban insensibles, en la figura de mujer que se desmoronaba, ante ellos, en medio del caos sangriento en que se había convertido el angosto callejón sin salida, más allá del arco de piedra y de la luz vacilante de la farola de gas.

Cayó contra una tapia, y la sangre lo salpicó todo. La mano

enguantada del asesino se aproximó a las tablas de esa cerca. Con el cuchillo surcó en la madera. Dejó muescas desiguales, manchadas del rojo de la sangre. Muescas que formaban una tosca letra S.

La S sangrienta, desigual y burda, que habían empezado a temer en todo Lambeth. Y en gran parte del bajo Londres, de callejas angostas, mal alumbradas y peor vigiladas: Whitefriars, Spitalfields, Lambeth…

La inicial de un nombre que empezaba a ser tan temible como el del propio Destripador, tristemente célebre sólo tres años atrás, en el sangriento otoño de 1888… La letra inicial de Slaughter… (*Slaughter: Palabra inglesa de diversas acepciones. Puede traducirse por carnicero o matarife, pero también como «degollador», aplicado siempre al sentido de matar de un modo atroz y sangriento. Slaughter-house, por ejemplo, es matadero o degolladero, indistintamente. De ahí la doble interpretación de su nombre*).

Slaughter, el monstruo de Lambeth. El asesino de mujeres solitarias.

Una risa ominosa, cruel, lasciva incluso flotó en el ambiente, como un jirón sonoro de extraña niebla irreal, fundiéndose en las brumas de la madrugada mortal.

La risa de un feroz criminal que, poco después, se perdía en la bruma, caminando sus chanclos de goma negra, lustrosa como el empedrado callejero, sobre el pavimento de las angostas callejuelas de los suburbios londinenses.

Y, cosa rara: los pasos no eran regulares. No sonaban iguales. Había en ellos algo así como un ritmo quebrado. Tac-tactac… Tac-tactac… Tac-tactac…

Era un modo peculiar de pisar el empedrado. Como si, en su rapidez por alejarse, al forzar el paso, una de sus piernas no caminara sincronizada con la otra.

Para un testigo que escuchara, simplemente, aquel ruido de pasos en la niebla, la forma de caminar del asesino hubiera tenido una justificación clara: Era un hombre cojo.

CAPÍTULO II

—Otro crimen…

—Sí. Y de nuevo en Lambeth. Resulta terrible leer eso tan frecuentemente en los periódicos, querida.

—Una mujer, nuevamente, Roger…

—Eso es: siempre una mujer… —Roger Lansbury meneó la cabeza, pensativo—. Debe haber una razón para esos crímenes. Y para la elección de las víctimas.

—¿Una razón? —Se preocupó Karin, su esposa.

—Eso es. Siempre existe una razón hasta para lo más absurdo, Karin. Incluso un loco debe moverse con un objetivo concreto. Supongo que ese monstruo desea la muerte de las mujeres. Sobre todo, de cierta clase de mujeres. Habrás observado que todas eran más o menos jóvenes, más o menos atractivas… pero todas eran de vida poco edificante. Sencillamente: trotacalles de la peor especie.

—¿Crees que ése es su auténtico móvil? ¿Matar mujeres públicas? —Dudó Karin—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—No sé. Se especuló ya algo así sobre el Destripador, de tan triste memoria. Se dijo si no sería una venganza, por alguna enfermedad incurable transmitida por esa clase de mujeres, y que causó la muerte de un ser querido… o la dolencia mortal del propio interesado. Ahora, en este bendito Londres nuestro, donde tan frecuentes son todas esas cosas, surge un nuevo asesino en sus calles. Y vuelve el interrogante: ¿otro enfermo, otro vengador…?

—¿Por qué no el mismo?

—¿El Destripador? —Sacudió la cabeza Roger Lansbury, dubitativo—. No, no lo creo, Karin. Él no firmaba en el teatro de sus crímenes. Éste lo hizo la primera vez con una palabra trazada a cuchillo en una pared de tablas: SLAUGHTER. Pues bien, siguen apareciendo letras S en cada nuevo degollamiento. ¡Nuestro

Carnicero sigue su tarea, y no quiere ser confundido con ningún otro! Eso es orgullo profesional, querida.

—Roger, a veces tus comentarios resultan realmente horribles —se estremeció su esposa—. ¡Orgullo profesional… un asesino de esa especie!

—¿Por qué no? El Degollador no desea ser confundido. Rubrica todos sus hechos. Es un demente peligroso, por supuesto. Cualquier día puede cometer un triste error… y matar a una dama decente, confundiéndola con una cualquiera. La noche, la niebla y la escasa iluminación de nuestras calles, se presta a todo eso. Hoy publica un artículo sobre ese punto el redactor del Times, querida. Piensa que cerca de Lambeth, hay también zonas residenciales honestas. Quizá demasiado cerca, incluso.

—Como la nuestra, Roger —puntualizó, preocupada, su mujer.

—Sí —suspiró Roger, fumando despacio su pipa de espuma de mar—. Como la nuestra… Kennington es vecino de Lambeth… y, sin embargo, somos muy diferentes. Pero el peligro existe siempre. Para un asesino, supongo, ciertos límites de distrito no pueden ser una frontera inviolable a sus designios…

Karin inclinó la cabeza. Parecía preocupada. La puerta se abrió y, silenciosamente, la doncella entró en el gabinete con el servicio de té. Un reloj de la suntuosa casa, desgranó lentamente cinco campanadas. No podía negarse la puntualidad del servicio en la mansión de los Lansbury.

Roger dejó el Times, doblándolo cuidadosamente, sobre la mesa de mármol inmediata a su confortable butacón tapizado en terciopelo verde oscuro. Contempló, indiferente su gesto, a la joven doncella de cabellos rojos, bien recogidos en la nuca, que situaba ante ambos esposos las respectivas tazas de té, de excelente porcelana de Chelsea, decorada.

Durante unos instantes, en la sala, solamente se percibió el lento vaivén del péndulo del reloj de pie, y el crujido de la almidonada cofia y delantal de la doncella, durante su tarea.

—¿Desean algo más los señores? —preguntó suavemente.

—No, gracias, Daisy —suspiró la señora Lansbury, sonriente—. Es todo.

Se retiró la pelirroja doncella en silencio. Los dos esposos quedaron nuevamente solos.

Karin se sirvió azúcar en el té. Su mando, sólo un poco de leche de la jarrita decorada.

—¿Podremos ir mañana al *ballet*, Roger? —preguntó ella de repente.

—Pues… espero que sí —él la miró, alzando la cabeza ligeramente—. Esta noche tenemos la asamblea. De modo que espero que mañana nos dejen la noche libre, Karin.

—Creo que es lo menos que puede pedir una esposa a su marido… aunque éste se halle tan ocupado como tú lo estás siempre —sonrió Karin.

—Un gerente y administrador general de empresa, no puede quedarse tranquilamente en su hogar, en las noches desapacibles, a disfrutar del calor del fuego en la chimenea, una buena pipa, la lectura… y la grata compañía de la esposa. Tú sabes cómo son esas cosas.

—Claro que lo sé. Papá sufrió esos problemas durante toda su vida —sonrió Karin Lansbury—. Pero tú, Roger, sabes que no tienes necesidad de todo eso…

—¿Ah, no? —Él enarcó las cejas, con aire de reproche—. ¿Qué me sugieres, cariño? ¿Quedarme aquí tranquilamente, a vivir de rentas? ¿A disfrutar de la fortuna de los Kellaway, sólo por el hecho gracioso de haberme casado con su única heredera, precisamente? ¿De veras te gustaría eso, Karin?

—No, Roger, pero… si me casé contigo, fue precisamente porque quería sacarte de tanto trabajo, de tanto esfuerzo y tiempo empleado en tu tarea; para que me dedicases a mí toda tu vida, querido.

—Intento dedicarte el máximo de ella que puedo —sonrió él—. Otra cosa, sería convertirme en un perezoso, en un apático y un vividor, para decirlo claramente. Sabes que no es ésa mi condición. Tu fortuna es tuya, Karin.

—¡Roger! Es nuestra fortuna, recuérdalo… —Hubo algo dolorido en la expresión de los ambarinos ojos de ella, al fijarse en su mando —. Y nos sobra dinero para vivir holgadamente, sin necesidad de sacrificar vida y hogar a un trabajo continuado. Sabes que Richard podría…

—Richard… ¿Tu fiel amigo Richard Palmer? —Rió entre dientes Roger—. Por Dios, no me compares con él. Sé que sería feliz con un

cargo como el que yo, a la fuerza, ostento ahora. Eso colmaría todas sus ambiciones de burócrata oscuro, pero no puedo permitir que Richard ni nadie me liberen de lo que, en justicia, y como esposo de Karin Kellaway, se me exige. Mientras viva, y pueda hacerlo, yo dirigiré tus negocios y los llevaré lo más alto posible, no lo dudes.

—Nuestros negocios, Roger —le volvió a rectificar ella, suavemente.

—Está bien: nuestros negocios… y quiera Dios que un día, pueda decir eso con plena razón de ser. No me gustaría nunca ver un reproche en tus ojos, una duda en tu ánimo, Karin…

—Roger, por Dios —le cortó ella, casi disgustada—. Parece como… como si me echaras en cara, de un modo solapado, que yo, una mujer rica y ya no excesivamente joven… hubiera elegido como esposo a un hombre sin fortuna, porque es guapo, arrogante… y tiene, además, ocho años menos que yo…

—Karin, ahora eres tú quien me hiere con ese reproche… —Se irguió él, con gesto ofendido—. Eres joven, hermosa y llena de atractivos. Me fijé en ti sólo por eso… cuando aún no sabía que eras Karin Kellaway, hija del gran Edmond Kellaway… Pero supongo que eso, para tu sociedad y hasta para ti misma alguna vez, resultará tan difícil de aceptar…

—Oh, Roger, por lo que más quieras… No sigamos con eso. Sería ridículo que tú y yo… discutiéramos ahora por esas tonterías. Sólo te pedí… que me concedieras una de tus noches para ir a alguna parte: al teatro, a una recepción… o simplemente a pasear por las calles de Londres en un carruaje… o a charlar juntos al amor de la lumbre durante una larga noche de invierno…

Se había incorporado, caminando hacia él, y apoyando su mano, pálida y firme, en el brazo de Roger. Éste sonrió, oprimiendo aquella mano con calor y ternura. Su expresión se dulcificó, bajo los cabellos castaño claro, de rubio destello a la claridad de las lámparas de gas de la habitación.

—Karin, mi vida… —murmuró—. Espero que mañana sea esa noche… y haya otras más en el porvenir… Por mi parte, haré cuanto sea posible, lo juro…

La rodeó en un abrazo tierno, cálido. Sus labios se encontraron. Karin exhaló un gemido de felicidad y se abrazó al hombre con quien se había casado locamente enamorada, sin importarle

barreras sociales ni económicas, dispuesta a que Roger Lansbury, el guapo, arrogante y admirado Roger Lansbury, fuera suyo y solamente suyo por todavía vida…

Sólo unos minutos más tarde, Roger recogía su macferlán y su sombrero, disponiéndose a salir de la casa de Vauxhall Park. Karin, su esposa, había desaparecido en el piso alto, para reanudar sus labores hogareñas. Y la pelirroja doncella, Daisy, abría la puerta a su señor, para que éste saliera de la casa.

Roger pasó junto a ella. Se detuvo, ajustándose el macferlán cuidadosamente. De súbito, sus brazos se extendieron. Rodearon el talle de la doncella. La atrajo hacia sí y la besó.

La pelirroja joven se resistió en parte. Separóse de él. Le miró con frialdad, destellando sus verdes ojos profundos. Una mueca curvaba sus labios sensuales, codiciosamente para el jadeante Roger Lansbury.

—Recuerde, señor —dijo con sequedad, muy bajo el tono—. No acepto más caricias.

No me toque.

—Pero Daisy… Me prometiste…

—Señor, mi promesa sigue en pie. Seré suya… sólo cuando no sea el esposo de otra mujer. Cuando una doncella como yo, pertenezca por vez primera a un hombre, habrá de ser a cambio de algo más importante que un devaneo culpable en los rincones. Aceptaría ser su amante, incluso… pero siempre que no hubiera señora Lansbury por medio. No lo olvide.

—Daisy, sabes que haría cualquier cosa por ti… —susurró él, crispado, pretendiendo en vano aferraría de nuevo—. Te daré lo que pidas… Puedo manejar ciertas sumas de dinero sin que ella lo sepa…

—¡Dinero! ¿Espera comprarme como a una de las mujeres de Lambeth? —rió ella, despectiva—. La vecindad con esos barrios parece haberle trastornado el juicio, señor… Usted sabe que soy una mujer exigente. Puede tomarme o dejarme. Incluso puede hacerme despedir. Pero no que sea suya. No pido dinero: sólo ser la única.

—La única… Eso no es posible. Tengo una esposa. No admitiría el divorcio. No es de esa clase de mujeres. Y aun divorciándome… ¿qué obtendría? Es ella la rica, no yo.

—Eso es problema suyo, señor —los ojos verdes eran dos fuegos

helados y profundos—. Yo le hice una proposición inteligente. No quiero compartir a un hombre con otra mujer. No me niego a ser suya. Sólo puse un precio.

—Que yo no puedo pagar. Si no puedo divorciarme… ¿cómo podría ser sólo para ti? Huir juntos sería una estupidez. No poseo medios propios de fortuna. No tendría adónde ir… y me abandonarías…

—Es posible, señor —sonrió ella, glacial—. ¿No existe otra solución mejor?

—No, no la hay —la miró, exasperado, frenético, como el sediento que tiene tan próxima el agua, y no puede bebería… Añadió, colérico—: ¿Conoces tú algún medio acaso?

—Puede que sí, señor… —Los ojos relampaguearon, malignos.

—¡Habla, pronto! —extendió sus manos, y ella retrocedió vivamente—. ¿Cuál es?

¿Cuál?…

—Por ejemplo: que usted, señor Lansbury… quedase repentinamente viudo… —sonrió ella.

Y como ya Roger Lansbury estaba en el exterior, en el primer escalón de piedra de la entrada, Daisy cerró bruscamente la puerta, dejándole solo allí, plantado ante su propia casa, lívido y tembloroso, tratando aún de asimilar qué había querido decir la deseada doncella con aquellas palabras…

* * *

—Una más… La cuarta, exactamente, inspector.

—¿Me lo va a contar a mí, por todos los diablos? —Se enfureció el inspector Ralph Finney, con expresión hosca—. Llevo muy bien la cuenta, Chapman.

Éste sonrió, sacudiendo la cabeza. Sus astutos y maliciosos ojos grises, estudiaron de soslayo al irritado y honorable miembro de Scotland Yard, que paseaba y paseaba, nervioso, en torno al cuerpo sin vida, horriblemente bañado en sangre, y tapado por una burda tela oscura, que dejaba ver los regueros rojos, que brotaban, entre las piedras húmedas, callejón abajo.

Peter Chapman, el joven escritor, contempló pensativo aquel cuerpo silueteado bajo el tejido basto y sombrío. Evocó con voz grave:

—Esto recuerda, en cierto modo, a nuestro viejo amigo Jack…

—No, Chapman —negó rotundamente el policía—. El Destripador era más feroz en su ensañamiento. Este criminal parece tener mucha prisa. Sólo actúa sobre el cuello de sus víctimas y, sin apenas comprobar si ha matado a la elegida, huye rápidamente, no sé por qué. Quizá tema ser visto, acaso sea un cobarde, aún dentro de su ferocidad criminal…

—O quizá le asuste la sangre —sugirió, risueño, Chapman.

—¿La sangre? ¿Asustarle? —Abrió mucho sus redondos ojos el inspector Finney, fijándolos en el joven—. ¿Habla en serio, amigo mío? ¿Un asesino asustado a la vista de la sangre? Sería como si ese «matarife» o «degollador» cuyo nombre se atribuye nuestro maldito personaje… se asustara ante la hemorragia de un ternero o de un cordero, ¿lo imagina?

—Un matarife de profesión, es un hombre perfectamente normal, que no puede fallar en su trabajo por algo tan simple y elemental —suspiró Chapman—. En cambio… un loco tiene reacciones imprevisibles, inspector.

—¿Un loco? —dudó el policía. Le escudriñó, hosco—. ¿Usted está realmente seguro de que es un loco?

—Cuando menos, es lo que me parece —asintió despacio el joven escritor, como si hablara consigo mismo, para convencerse de algo—. Sí, creo que es un loco…

—¿Un sádico? ¿Un enemigo de las mujeres? ¿Un obseso sexual?

—No lo sé. Quizá algo de todo eso. O tal vez más aún.

—¿Más aún? ¿A qué se refiere, Chapman?

—Me gustaría tener una respuesta —sonrió el joven autor de Crímenes en la niebla y de tantos otros éxitos editoriales de la época, sobre temas criminalistas en su mayoría, aparte sus habituales trabajos en el *Daily Mail*—. Pero no soy un mago. Sólo un gran aficionado al crimen, sus consecuencias y motivos, desde el punto de vista de hombre de la calle, de periodista… y de abogado casi olvidado del ejercicio de su profesión.

—Abogado… —resopló el inspector Finney—. Oh, cierto. Olvidaba su auténtica carrera, amigo mío. Puede decirse que no le falta nada: abogado, novelista, reportero… Sólo le faltaría meterse ahora a policía aficionado. ¿Es lo que pretende?

—Oh, no, eso jamás —rió de buena gana Peter Chapman,

sacudiendo la cabeza con energía, lo cual hizo que sus rebeldes cabellos se agitaran sobre las facciones enérgicas, angulosas y llenas de vitalidad, donde el centelleo de sus pupilas color pizarra eran acaso lo más notable, junto con la línea recta y dura de su boca apretada—. No me gusta la idea de ser policía, inspector Finney. Lo que me gustaría, de verdad, es publicar en el *Mail* el éxito final en este caso… con su nombre como triunfador. Y quizá llegaría, incluso, a escribir cualquier día un libro, con esta nueva historia digna de mis Crímenes en la niebla… pero en un segundo tomo dedicado especialmente al Degollador.

—El Degollador… —repitió con hastío el oficial de policía de Scotland Yard, mirando al bulto humano acurrucado contra las labias ensangrentadas por los trazos a cuchillo de aquella fatídica letra S, ya tan familiar a los hombres de la policía londinense—. Oh, por Dios, Chapman. ¿Por qué nuestra ciudad dará una tan variada galería de asesinos… pero todos ellos con la manía obsesiva de liquidar mujeres más o menos atractivas?

—Y todas de muy dudosa moralidad… si es que les concedemos el beneficio de la duda —sonrió cínicamente Peter Chapman. Luego, se frotó la mandíbula, reflexivo—. Sí, creo que nuestra niebla produce en los asesinos una cierta tendencia a comportarse ferozmente con las damas… En especial, con cierta clase de damas. Apenas terminada la pesadilla del Destripador, surge el Degollador o el Carnicero, como se le quiera llamar. ¿Cuál será el próximo?

—¿Qué puede importarme el próximo, teniendo uno así entre manos? —Se quejó Finney—. La verdad es que me daría por muy satisfecho con verle a éste en el patíbulo… o en prisión, cuando menos. Pero ni siquiera sabemos quién es, por qué lo hace, de dónde procede…

—Muchos colegas afirman que debe ser un extranjero. —Chapman hizo un gesto expresivo—. Es lo típico en nosotros, los ingleses. Si algo no nos gusta… viene de fuera. Si alguien nos parece indigno… es extranjero. Por desgracia, me temo que sea una explicación demasiado inocente para justificar todo esto.

—¿Por qué, Chapman? Hay mucho marinero, mucho viajero en Londres…

—Vamos, vamos, inspector. Usted sabe que se dijo igual cuando nuestro inefable Jack, jamás desenmascarado. Ahora sucederá igual.

No piense en árabes, ni judíos, ni meridionales apasionados, no. Esto es obra de un inglés. De un frío, inteligente y cruel ciudadano inglés, posiblemente enfermo de la mente.

—Me pregunto si no estaremos enfermando todos de ese mal, en mayor o menor grado, Chapman —comentó con acritud el policía.

—Aguda observación, amigo mío —suspiró cansadamente el escritor—. Ya me la hice yo anteriormente en alguna ocasión…

Se detuvo ante el cuerpo inmóvil. Pareció perderse su mirada siguiendo los regueros escarlata, entre el empedrado. Luego, clavó sus ojos en la forma burda de la letra S.

Hizo un gesto expresivo, se encogió de hombros, y caminó hacia el inicio del angosto callejón sin salida, donde ocurriera el último de los atroces asesinatos de Lambeth Road.

El inspector oyó su pregunta hosca:

—¿Se sabe algo sobre esa desgraciada? ¿Su nombre, cuando menos…?

—Se sabe poco, Chapman. Lo suficiente, sin embargo: tenía veintiséis años, aunque representaba cuarenta. Era una profesional del vicio. Vivía en un cuartucho aquí cerca, en Newport Street… Se llamaba Maggie. Maggie Brown…

* * *

—Maggie Brown…

—Dios mío, pobre Maggie Brown… Pobrecilla…

—Siempre se dice lo mismo de los muertos, Jonathan —se irritó el cantinero, arrastrando su pierna rígida a lo largo de la cantina del Caballo Dorado, en Lambeth Road. Se detuvo junto a una mesa vacía, recién abandonada por sus clientes, y retiró de ella tres jarras de cerveza—. Maggie era una fulana, todos lo sabemos.

—Pero era una buena chica —susurró el mozo de la cantina, con expresión triste. Deambuló tras el mostrador, depositando los vasos limpios en una estantería, y dejó luego el paño encima de la superficie de estaño del mostrador—. Aún la recuerdo cuando anoche…

—Anoche… —Se volvió a él Jarvis, con el ceño fruncido—. Vale más no acordarse de anoche. Jonathan. La pobre Maggie iba llena de ginebra. No entiendo cómo no brotó alcohol de sus venas, en vez de sangre, maldita sea…

—No tiene corazón, amo —suspiró el muchacho—. A esa chica… la degollaron. Como a las otras.

—Claro. Sé muy bien que la degollaron. No se habla de otra cosa en todo el barrio. Mucha gente, incluso, ha ido a ver dónde ocurrió. Ya no está allí, pero queda la sangre… ¿Viste los periódicos? Los titulares llenan la primera plana. No creo que sirva de mucho.

Esto seguirá adelante.

—¿Usted cree? —Mostró Jonathan el temor en su rostro alargado y tristón.

—Muchacho, el diablo anda suelto por Lambeth, eso es evidente.

—El diablo… Yo diría que es un hombre, patrón. Un hombre como usted y como yo, no un demonio ni nada parecido…

—Ve y dile eso a la policía. Se les escabulle de entre las manos como si no tuviera forma humana.

—Pero debe tenerla… —Jonathan meditó, saliendo del mostrador, con sus torpes andares—. ¿Recuerda una cosa, patrón?

—¿Qué cosa?

—Anoche… Aquel cliente que nunca vimos antes por aquí…

—¿Cliente? ¿Qué cliente? —se extrañó Jarvis.

—Me refiero al… al que estaba bebido en el servicio… El que me dio la media guinea…

—Oh, ése. El que iba bien vestido, ¿no?

—Eso es: el que iba bien vestido… Todo un caballero. Resultó raro…

—¿Qué es lo que te pareció raro a ti, muchacho?

—Eso, precisamente: que estuviera metido ahí, ebrio… y que no se tambaleara apenas al entrar. Y que fuese un caballero… No tenemos muchos clientes de esa condición, patrón.

—Debería tirarte de las orejas por decir eso, pero… es la verdad —rió Jarvis entre dientes—. Ni damas verdaderas ni auténticos caballeros forman parte de mi clientela. Pero de eso a suponer que el tipo pudiera ser el… el asesino de Lambeth… media un abismo, Jonathan.

—Sin embargo, Maggie acababa de irse. Usted cerró entonces la cantina… Justo después de salir ella y él, con poca diferencia uno de otro… Tal vez, como usted sugirió, Maggie buscó un cliente para esa noche… y eligió al hombre elegante, el del macferlán y el sombrero alto…

—Cielos… —Se estremeció Jarvis—. No quiero ni pensarlo. Buscar un cliente generoso… y resulte ser el Degollador. Sería espantoso para una pobre fulana como Maggie o como cualquier otra de las que han caído hasta ahora por esas callejas.

—Pero es algo que podría ocurrir muy fácilmente, señor Jarvis —resopló el muchacho, sacudiendo enfáticamente su cabeza, y echando a andar hacia la trastienda.

Fuera, en la calle, se percibió gran algarabía. Jarvis, ceñudo, se acercó a las vidrieras, mirando al exterior. Su mozo giró la cabeza, intrigado, suponiendo que algo sucedía. La puerta de la cantina se abrió súbitamente.

La fornida figura de un hombretón pelirrojo, de frondoso bigote, vestido enteramente de azul, y con un casco sobre su cabeza, que el barboquejo sujetaba firmemente por la barbilla, entró en el local, resoplando y enjugándose el sudor. Antes de penetrar, no obstante, se volvió al exterior, rezongando en voz alta y potente:

—¡Vamos, vamos! ¡Desalojen todo esto, señoras! Ya tenemos bastantes problemas para tener encima que soportar cosas así. Habrá soluciones, no lo duden. Y antes de lo que todas ustedes imaginan… Lárguense a sus casas, ¿quieren? No ganan nada deambulando por ahí de esa forma. Quizá sus maridos las necesitan más, para cuando llegue la hora de comer… ¡Uff, infiernos de mujeres! ¡Son peor ellas que el Degollador! —terminó diciendo, mientras tomaba asiento en una mesa, junto a la puerta, con aire fatigado.

Jarvis contempló al grupo de mujeres que, portando carteles, desfilaba ante la cantina, enarbolando sus puños hacia el policía recién llegado. Emitían cánticos y voces, y los caracteres de sus cartelones eran bien legibles:

«¿CÓMO PROTEGE LA POLICÍA A ESTE BARRIO?».
«¡FUERA ASESINOS DE LAMBETH…
PERO FUERA TAMBIÉN LA PROSTITUCIÓN!».
«PEDIMOS JUSTICIA Y DECENCIA,
Y ORDEN EN NUESTRO BARRIO».
«¿DÓNDE ESTA LA LEY INGLESA?
¿DE QUÉ SIRVE LA POLICÍA?».
«¡BASTA DE SANGRE Y DE CORRUPCIÓN!
¡BASTA DE ABANDONO SOCIAL!».

—La gran Inglaterra victoriana… —suspiró Jarvis, irónico, volviendo a renquear, camino del policía sentado en la mesa—. Lo malo, constable Smithy, es que esas mujeres tienen toda la razón. Usted y yo lo sabemos.

—Sí, Jarvis. Pero ni yo puedo arrestar a todas las fulanas de Lambeth, ni usted mantendría su negocio dignamente si ellas no anduvieran por ahí toda la noche —le señaló secamente el policeman, contemplándole con sus fríos ojos azules.

—Cierto, constable —admitió Jarvis—. Pero las amas de casa no se manifestarían si no fuese por los asesinatos. Están habituadas ya a la prostitución de estas calles. Es lo demás lo que las indigna. Temen que un día pueda ser una de ellas, y no una ramera, la que elija el Carnicero…

—El Carnicero… ¿No pueden utilizar otro nombre mejor para esa bestia salvaje, Jarvis?

La voz venía de detrás de ellos. El constable y Jarvis giraron la cabeza en esa dirección. Jonathan ya no estaba en la cantina. Ahora, en el umbral de la trastienda, aparecía un hombre fuerte, robusto, no muy alto, empuñando un enorme cuchillo ensangrentado, y luciendo en su camisa, pantalón y delantal color verde oscuro, grandes manchas de sangre.

La oscuridad en la cantina, a aquellas horas del mediodía, era más intensa en la parte de atrás. Así instintivamente, Smithy, el policía, apenas descubrió la hoja de acero y la sangre, se incorporó de un salto, llevando el silbato a sus labios. Por fortuna, se detuvo a tiempo, al reconocer al hombre situado en la puerta trasera del negocio de Jarvis.

—Oh, Bernard Day, por todos los diablos —masculló el constable del barrio—. Usted…

Llegué a creer que teníamos a Slaughter en persona aquí…

—Sólo me faltaba oír eso —el hombre ensangrentado avanzó hacia ellos, decidido. Su camisa remangada permitía descubrir la fortaleza de sus recios músculos de carnicero profesional—. Escuche esto, constable. Esta mañana he encontrado abierta la puerta de comunicación de mi patio con el de la cantina de Jarvis. ¿Y sabe una cosa? No fue eso todo. Lo cierto es que he echado en falta un juego de seis cuchillos carniceros, que había comprado este mismo año. ¡Al menos tres guineas me han desvalijado esos rufianes!

—Un momento… —Smithy se incorporó, severo el gesto, acercándose al carnicero—. ¿Dice que abrieron la puerta de comunicación de ambos patios, entre la cantina y su degolladero, Bernard?

—Exactamente. Y no contentos con eso, se llevaron mis mejores cuchillos… He venido a denunciarle el robo.

—Evidentemente, el patio de Jarvis es mucho más accesible que el de su carnicería y matadero, desde el exterior —señaló vivamente Smithy, arrugando el ceño—. Ésa puede ser una explicación…

—Sí. Y también que los servicios de mi cantina estén en el patio, constable —dijo el cantinero, con gesto sombrío—. Eso… también puede ser una explicación a lo sucedido con los cuchillos de Bernard…

—¿Qué quiere decir? —Se intrigó el policía.

—Nada, amigo mío, excepto que Jonathan, mi mozo, me ha hecho observar antes algo sobre un misterioso cliente que tuvimos aquí anoche, y que tal vez…

Mientras decía esto, Jarvis iba guiando a Smithy hacia su propio patio, sin que el hombretón del cuchillo ensangrentado, el carnicero Bernard Day, que tenía su matadero y desolladero de reses inmediatamente al lado de la cantina, se separase de ellos, indignado su gesto aún por el expolio de que decía haber sido víctima.

La voz apagada del constable de Scotland Yard destinado a Lambeth, sonó poco después, casi con miedo:

—Dios mío… Seis cuchillos más… en poder quizá del asesino. Esperemos que eso no signifique algo tan terrible como imagino…

Afuera, en la calle, las mujeres continuaban con su manifestación de protesta por las condiciones en que se vivía en Lambeth, condiciones comunes a muchos distritos de Londres, donde la oscuridad, la falta de vigilancia y el hacinamiento miserable de muchas familias viviendo en las peores condiciones imaginables, no hacía sino incitar al crimen impune.

Las amas de casa, las mujeres decentes de Lambeth, que sólo podían salir de día de sus casas, para no ser confundidas con meretrices callejeras, continuaban así su protesta, tan justificada como inútil, Lambeth abajo, camino del cercano distrito de Kennington…

CAPÍTULO III

Roger Lansbury contempló la manifestación desde la puerta de su casa. Había avanzado la tarde y las mujeres, cansadas ya de su recorrido parecían a punto de dispersarse de regreso a sus domicilios, dejando para otro día la continuación de sus esfuerzos por una sociedad londinense mejor y más justa.

Sacudió la cabeza el caballero alto y joven, de arrogante figura y atractivo rostro. Giró el llavín en la puerta, y entró. No vio a Daisy por parte alguna. Sólo recordarla, hizo que sus manos templaran levemente, al colgar macferlán y sombrero.

Quedóse sorprendido levemente ante la presencia de otro abrigo y otro sombrero, junto al suyo, en el colgador del vestíbulo. Había alguna visita en la casa. E imaginó quién sería.

Su rostro reflejó disgusto. Caminó hacia el interior del edificio, escuchando voces en el salón. Apenas entreabrió la puerta vidriera de comunicación, comprobó que sus suposiciones eran ciertas. Sólo que no estaba Richard únicamente en compañía de su esposa Karin. Estaba también otro caballero que le resultaba totalmente desconocido y que, sin duda alguna, no lucía otras prendas sobre sí, en la tarde neblinosa y húmeda, que aquella chaqueta de grueso cheviot con botones de cuero, el pantalón gris y los botines charolados. Ni siquiera debía llevar sombrero sobre sus cabellos revueltos y castaños, contra la costumbre de la sociedad victoriana.

A pesar de ello, resultaba un joven muy distinguido, de una elegancia natural y casi, casi, deportiva.

—Oh, Roger, querido… Al fin llegaste —sonrió Karin, poniéndose en pie al verle entrar—. Sentía inquietud por ti. Anochece pronto en esta época del año, hay mucha niebla hoy en Londres… y esos crímenes me tienen alarmada y nerviosa.

—Tonterías —sonrió Roger, caminando hacia ella, con la vista

fija en ambos caballeros, que asimismo se habían apresurado a incorporarse—. Ese criminal parece tener bien elegidas a sus víctimas, y no hay temor de que yo me cuente entre ellas; todas son mujeres, querida…

—Cierto —sonrió Richard Palmer, el amigo más íntimo y familiar de Karin—. Y mujeres de una condición que las sitúa muy lejos de nosotros, ¿no es cierto?

—Roger, querido, Richard nos ha visitado para invitarnos a una partida de críquet el próximo domingo en su finca de Earls Court, para terminar por la noche en el Whitehall, asistiendo a una representación de teatro clásico, para la que tiene tres localidades…

—Será un placer, Richard —aceptó Roger, con voz seca. Luego, miró de soslayo al acompañante, y Richard se apresuró a presentar:

—Oh, disculpa, Roger. Este caballero es un buen amigo mío, que casualmente me acompañó hoy a los Juzgados, por el asunto oficial de esos asesinatos en Lambeth… Simples diligencias de oficio, porque no hay culpable identificado a quien acusar… Él es Peter Chapman, abogado también, pero, a diferencia mía, ni siquiera ejerce. Es más popular y admirado escribiendo en los diarios o editando libros sobre temas criminalistas. Peter, mi amigo Roger Lansbury, el esposo de Karin.

—Es un placer, señor Lansbury —sonrió cortésmente el joven, estrechando la mano al esposo de Karin, y pareciendo advertir, de una simple ojeada, la diferencia de casi una década, en la edad de ambos cónyuges—. Pero tal vez nuestra inesperada visita sea una molestia para ustedes…

—Nada de eso —se apresuró a replicar Karin—. Roger y yo nos sentiremos muy satisfechos si se quedan a cenar en nuestra compañía.

—Ya oyeron a Karin —sonrió Roger, algo forzado—. Su voluntad es ley. Y no tengo nada que objetara ello… Vaya, vaya, señor Chapman. Su amigo Richard tiene razón; es muy popular. Tengo entre mis libros un ejemplar de Crímenes en la niebla, sobre el Destripador y otros populares asesinos ingleses de esta época…

—Me halaga, señor Lansbury —sonrió Peter, risueño—. Ahora tendré que escribir una segunda parte… dedicada al Degollador, sin duda alguna.

—Son ya cuatro crímenes los que lleva, ¿no es cierto? —señaló

Lansbury voluble.

—Cuatro —asintió, sombrío—. Todos similares en técnica, estilo… y clase de víctima.

—A eso iba a referirme, señor Chapman. ¿Hay algún riesgo en que eso sea sólo casual… y pueda; matar un día a cualquier dama respetable, voluntariamente o por error? Sería una posibilidad muy desagradable…

—Siempre cabe el error en un asesino. O el cambio de intención y motivo… No, no se puede afirmar nada, señor Lansbury, aunque… para que ello se confirmase, desgraciadamente tendría que suceder algo así. Cosa que espero no ocurra. Es más: tampoco me gusta ver a esas pobres mujeres de la calle, tal como las deja ese carnicero sin conciencia. Resulta tan horrible…

La puerta se abrió. Daisy llegaba con una bandeja de plata en la que se habían servido finas copas de oporto, de cristal tallado. El aperitivo para la cena, sin duda. La mirada de Roger se desvió, tras seguir, con un escalofrío, las ceñidas curvas de la doncella, singularmente provocativa esa noche, con su ajustado vestido de seda negra y su delantal y cofia de blanco tejido almidonado, que acentuaba la prominencia vital de su torso. Latieron las sienes de Roger con palpitaciones violentas. Le brillaban los ojos, y tuvo que bajar la cabeza para que nadie captara las emociones que invadían su ser, en presencia de aquella hembra tan anhelada. Daisy, como ajena a todo, se movía graciosamente entre los presentes. La oyó decir con voz suave, aterciopelada, como el ronroneo de un gato:

—Al señor ¿le sirvo otro oporto?

—Sí, por favor —sonó ronca la voz de Roger, mientras se acomodaba en un sillón, evitando mirarla.

Encontró los ojos sonrientes de Peter Chapman fijos en él, como por azar. Se sobresaltó. No le gustaba aquella mirada gris, color metal. Parecía taladrante. Demasiado observadora.

—Si publico mi nuevo libro, les enviaré un ejemplar dedicado —habló trivialmente Peter, continuando la charla anterior. A espaldas de Roger, la puerta del gabinete se cerró tras de los pasos breves y suaves de Daisy—. Pero todo depende de que realmente llegue a ser encontrado el Carnicero, y pague sus crímenes. De otro modo, sería reiterar un tema como el de Jack, cuya identidad jamás fue posible precisar.

—Debe ser una vida fascinante la suya, señor Chapman —hablaba en ese momento Karin.

—No lo crea. Debo ver espectáculos poco agradables, como el de esa pobre mujer, anoche… Una callejuela sin salida, alguien que la atacó, sin posibilidad de defenderse…

Tuvo que ser horrible, créame. Realmente horrible para Maggie, la víctima de turno.

—¿Y qué hace la policía? —indagó Roger, distraído.

—Lo que puede, que no es mucho —sonrió Chapman—. Lo cierto es que tampoco dispone de muchos recursos para ir más lejos, si hemos de ser sinceros. Ese asesino puede que sea un loco, pero ningún loco es tonto. Por el contrario, actúa con la máxima astucia, y resulta difícil que se deje algún cabo suelto.

—Incluso los locos tienen un motivo para hacer lo que hacen, ¿no, Chapman? —se interesó Karin vivamente.

—Evidentemente, señora —asintió Peter—. Pero en estos casos, el motivo puede ser muy simple o enormemente complicado. Y, por regla general, se descubre cuando es demasiado tarde para impedirle seguir con sus correrías…

—Se respira un ambiente de terror en las calles, Peter —señaló su amigo Richard—. Sobre todo, en Lambeth. Imagino que, en adelante, las pobres mujerzuelas irán con mucho cuidado, para evitarse disgustos irremediables. Cualquiera de ellas puede encontrarse con… con el Degollador.

—Sí, cualquiera —asintió Chapman, ceñudo—. Incluso cabría en lo posible lo que ha sugerido antes el señor Lansbury…

—¿Eh? —Se sorprendió Roger—. ¿A qué se refiere?

—A esa probabilidad de que el criminal cometiese un error… y una dama honesta, que se viera obligada a desplazarse por algo en plena noche… fuese atacada por el asesino. De no conocer personalmente a sus víctimas, en las calles de nuestro bendito Londres, con esa niebla de que disfrutamos en este invierno, y la escasa iluminación, todo puede suceder…

—Todo —susurró Karin—. Incluso que… que una persona como yo, pongamos por caso… pueda hallar a ese monstruo en cualquier esquina…

Roger se quedó mirando en silencio a su esposa. Richard y Chapman también la miraban, atentos a sus palabras. Fue el joven

escritor criminalista quien respondió, asintiendo:

—Ése es el mal de habérnoslas con un maniático… que parece sentirse atraído por la seda de los trajes femeninos, como única pista para seguir a sus víctimas en plena niebla… Esperamos, sin embargo, que pronto termine esa pesadilla…

Pero la voz de Peter Chapman, al hablar así, no revelaba ninguna convicción.

* * *

El carruaje de los visitantes se alejaba ya en la noche. La niebla, en torno a la casa de Kennington, era profunda y densa como muy pocas veces la había visto Roger Lansbury que, tras despedir a ambos hombres en la puerta de la casa, como buen anfitrión, se volvió a Karin, erguida en la puerta de la sala.

—Voy a trabajar un poco en el despacho —dijo—. Puedes retirarte a descansar. Yo iré más tarde.

—Roger, creí que esta noche… no tendrías nada que hacer —se quejó ella, decepcionada.

—Lo siento. Mañana debo entregar una serie de presupuestos oficiales. No admiten demora, y esa inesperada cena con Richard y su amigo, ha retrasado mi tarea. Espero me sepas disculpar, querida. No tardaré mucho.

—Está bien, Roger —se conformó ella—. Eso, en ti, significa al menos dos o tres horas. Para entonces estaré dormida, con seguridad. Buenas noches, querido.

—Buenas noches, Karin.

Cuando arriba se cerró la alcoba de su mujer, Roger sonrió extrañamente. Miró, encima de la bandeja de plata del recibidor, la tarjeta que ya viera antes, al despedir a los visitantes invitados:

«*MADAME* CLEMENT — CIENCIAS OCULTAS
SU DESTINO Y SU PORVENIR, DESVELADOS.
FENTIMAN ROAD, 137 VISITAS CONVENIDAS.
HORARIO: DE 17 a 19 HORAS».

Sonrió para sí fríamente. *Madame* Clement era vecina de ellos. Apenas tres manzanas más abajo, a juzgar por la tarjeta de visita. En el dorso, había una anotación de Karin, de su puño y letra:

«Viernes, a las 18 en punto».

—Viernes… —murmuró—. Y hoy es jueves… Las dieciocho es una hora en que ya ha cerrado la noche en esta época del año…

Dejó la tarjeta donde estaba. Karin siempre había sido aficionada a echadoras de cartas, nigromantes y quiromantes. No era raro que picara una vez más en el anzuelo de las astutas mujeres dedicadas a tal profesión.

Se encaminó a su despacho. Por la escalera, bajaba Daisy, camino de la puerta que conducía a sus dependencias de servicio. Él la esperó. La doncella le miró fríamente. Negó con la cabeza.

—No me moleste, señor —dijo, glacial—. Es tarde. La casa está en silencio. Se oye todo.

—Ya —miró arriba Roger, apretando sus manos sudorosas, impaciente, ante la visión sensual de aquella muchacha que le enloquecía—. No temas. Ve a descansar. Pero tú dijiste…

—Dije que olvidase todo, señor… mientras sea el marido de la señora. Es todo.

—Muy bien —suspiró Roger—. Todo lo que se quiere conseguir, debe ganarse, Daisy. Yo quiero ganarte a ti. Cueste lo que cueste. A ti… quizá te gustaría ganar más que mi amor. Por ejemplo… mi nombre. Y esta casa. Y la fortuna…

—¿Bromea, señor? —Centellearon los ojos de la joven doncella, embriagada de repente por la codicia—. Eso es imposible, y usted lo sabe…

—No, Daisy. No es imposible —la miró turbiamente—. Daisy, mañana, viernes… es posible que el Degollador cometa su primer error… en Kennington.

—¿Qué quiere decir? —retrocedió ella un paso, palideciendo.

—Quiero decir que es posible… que la víctima, por primera vez… no sea como en casos anteriores. Alguna vez tenía que suceder… y ésta será la primera. Tú tendrás que cooperar, querida. Si quieres todo, cuesta trabajo ganarlo. Ayúdame… y serás pronto la nueva señora Lansbury…

Tras un silencio estupefacto, Daisy se rehízo con singular rapidez. Su sonrisa era malévola, cuando preguntó, con aliento entrecortado:

—Y… ¿qué tendré que hacer para ello, señor?

* * *

Lorraine Miller estaba cansada. Muy cansada esa noche.

Además, tenía dolor de cabeza. No había bebido ni siquiera un trago. Sabía, por tanto, que no era el alcohol el culpable de su maldita jaqueca. Pero tendría que retirarse pronto y eso le disgustaba. A pesar del miedo que había en Lambeth, ella no hubiera querido irse a casa aún.

No temía al Degollador. Era como una lotería, pero al revés. No iba a ser tan desgraciada que le tocara el número del premio. Y que ese premio fuese la muerte…

Lorraine Miller había pasado de largo ante la cantina. Cierto que Jarvis le hizo señas amistosas de que entrara. La noche era fría y húmeda, y quizá hubiera debido aceptar el ofrecimiento del cantinero. Pero no sólo encontraría calor y humo en la cantina: también alcohol. Y la tentación sería demasiado fuerte. No quería beber. Era malo para su hígado, se lo había dicho el doctor Styles. Hoy sentía dolor hepático también. Tenía mal color bajo la capa de maquillaje. Y, además, le dolía la cabeza cada vez más.

No. No entraría en la cantina. En ninguna cantina. Ni siquiera en El Caballo Dorado. En ninguna parte. Además, podía darse la paradoja de encontrar cliente. Y no quería clientes. No esta noche. Habitualmente, cuando una se encontraba mal, acostumbraba hallar hombres propicios. Así eran las cosas. Lorraine tenía experiencia, pese a sus treinta años recién cumplidos. Las calles de Londres eran todo su mundo, desde los dieciocho. Especialmente, por las noches.

Su casa estaba cerca de aquel paraje. No iría más lejos. Incluso se arrepentía de haber salido esa noche. No valía la nena haberse arreglado, haber dejado el lecho caliente, la medicina… Pero aún era tiempo de volver a ello. Y de pasar la noche tranquila cuando menos. Quizá al día siguiente todo sería distinto.

Lorraine Miller se detuvo junto a una farola de gas. Era toda la luz visible, ahora que la cantina de Jarvis había desaparecido tras una esquina. Más allá del halo de claridad azulada, todo era oscuro y niebla. De repente, tuvo miedo.

El escalofrío se encaramó por su espina dorsal, hasta cosquillear heladamente en su nuca. Se tocó los labios con dedos temblorosos. De repente, había recordado algo. Quizá por asociación de ideas, al leer en un tablón sobre un muro cercano, a la luz de la farola:

«BERNARD DAY. SLAUGHTER YARD NEXT BLOCK LEFT».

(Literalmente: «Bernard Day, "patio degolladero" o "matadero". Próxima manzana a la izquierda». Habitualmente, en el Londres de entonces, abundaban esa clase de mataderos, mal controlados y peor vigilados en su higiene y en el sacrificio de reses).

Asociación de ideas, sí. Pura y simple. Una terrible asociación. Slaughter… Carnicero, degollador… Podía ser algo tan diferente… Trató de recordar. Y recordó a Bernard Day. Al carnicero vecino.

No era un tipo agradable. Ni mucho menos. Hosco, rudo, fuerte, insensible… Se decía que quien acuchilla fríamente a un animal, puede hacerlo con una persona del mismo modo. Tal vez exageraban, pero se decía que en esos mataderos igual era ejecutado por los matarifes de turno un ternero que un caballo sano… o un jamelgo enfermo (*Verídico. Muchos casos de intoxicación, por sacrificio ilegal de animales enfermos, se produjeron por entonces en Londres, motivados por esa nula inspección veterinaria.*). El control sanitario era nulo. La salud de los ingleses importaba poco, al parecer, a Su Graciosa Majestad la gran reina Victoria. O, cuando menos, a sus autoridades sanitarias.

La esposa del matarife la señora Day, sí era agradable. Rolliza, fuerte, atlética, casi varonil, pero muy amable y cordial con las gentes. Incluso con mujeres como ella, como otras colegas de Lorraine Miller… Pero el marido…

Se alejó del cartel donde se anunciaba al vecino matarife. Su pisada era ahora rápida y taconeante sobre el mojado empedrado callejero. La luz de gas se quedó atrás, como un vaho luminoso perdido en la bruma.

Sintió crujir algo cerca de ella, casi rozándola, y se detuvo estremecida. Tenía la piel como envuelta en algo frío, viscoso y repugnante. Tardó en comprender que era parte de bruma y parte de su propio sudor.

Se calificó de tonta al comprender que el crujido temible no era sino el propio ruido leve que producía su vestido de seda roja, al moverse ella con mayor rapidez. No lejos de allí sonó una musiquilla, algún manubrio de un pedigüeño callejero. Caminó hacia ella, como si fuese una tabla de salvación en un naufragio.

—Será el bueno de Josuah, el ciego —se dijo—. Sí, seguro que

sí… Es su manubrio, no podría confundirlo…

Dio vuelta a otra esquina. Un arco de piedra, un apoyo en medio del acceso a un callejón sombrío que conocía bien, asomó en la bruma, ante sus ojos. El vago reflejo de la luz de otra cercana cantina de la que brotaban risas y voces, le reveló todo eso. Y también la silueta familiar: el hombrecillo del sombrero viejo, de los lentes negros, del manubrio entre los brazos, colgando de dos bandas de ancho cuero…

Josuah, el mendigo ciego. Y su musiquilla monocorde, casi obsesiva… Se sintió radiante. Era alguien. Alguien vivo, cercano. No importaba que no viese. Eso era lo mismo. Era un vecino amistoso. Más allá, tras el arco de piedra, estaba la puerta de la casa de huéspedes, grande y destartalada. Su alojamiento. Su lecho, sus aspirinas, su leche caliente, su descanso. Lorraine apresuró el paso. Rebuscó en su bolso, y extrajo unos chelines. Se acercó a Josuah.

—Toma, amigo —dijo, risueña, tirando las monedas en su pote de Tata, donde resonaron huecamente—. Y buenas noches…

Josuah inclinó la cabeza un momento. Se irguió, dejando de dar vueltas a la manivela de su manubrio, como para darle las gracias. La niebla sólo permitía descubrir su sombrero viejo, gastado, encasquetado hasta las orejas. Los negros reflejos de los vidrios redondos de sus lentes de invidente, y poca cosa más. La niebla difuminaba contornos y trazos, convirtiéndolos en nada o casi nada que no fuera una triste masa gris.

Pero Josuah no le dio las gracias. Josuah no hizo nada de lo que Lorraine Miller esperaba. En vez de ello, la mano que antes diera vueltas al manubrio musical, ahora se alzó ante ella, sorprendentemente enguantada… ¡y con un centelleante, largo, afiladísimo cuchillo puntiagudo entre sus dedos, apuntando directamente a su rostro!

—¡No, por Dios! —gimió ella, retrocediendo horrorizada—. ¡Josuah! ¿Qué pretendes…?

Fue todo lo que pudo decir la infortunada. Josuah, con una seguridad de movimientos y una contundencia imposible en un ciego, se abatió sobre ella. Entre ambos, sólo se hallaba la caja rectangular, pesada, del organillo callejero.

El brazo cayó sobre Lorraine. El cuchillo de filo agudísimo, alcanzó su cuello. Se hincó brutalmente en él…

El alarido de horror, de angustia infinita, de agonía repentina, se quebró en un siniestro gorgoteo de sangre.

Fue como si el rostro repentinamente blanco y espectral de la mujer callejera, se separara del resto del cuerpo, con una ancha franja escarlata por medio. Igual que un monigote, la mujer cayó hacia atrás.

Josuah la siguió, implacable. Su arma hirió de nuevo.

Bajó los negros lentes, la respiración sibilante del asesino, brotando de unos labios apretados y lívidos, se tornó en risa ahogada, cruel, maligna y carente de todo matiz humano…

El Degollador se había cobrado su quinta víctima. La roja seda del vestido de la mujer agredida se confundía con el rojo más oscuro de su propia sangre, a la entrada misma del callejón.

CAPÍTULO IV

Daisy se volvió, sorprendida, hacia la puerta de la cocina. La señora Temple, la cocinera, también miró en esa dirección.

—¿Usted, señora? —se sorprendió esta última.

—Sé que no acostumbran a verme por aquí —sonrió Karin Lansbury, risueña—. Pero vengo a comprobar si todo está en regla para la cena. Quiero dar una sorpresa a Roger esta noche, y encargué una carne especial para el asado a nuestra proveedora.

—Oh, sí, señora. No hace aún veinte minutos que la señora Day ha servido la carne… —dijo Daisy, señalando la cesta situada sobre una de las mesas de servicio—. No hemos tenido tiempo de ordenarla…

—Veré si todo se ajusta al encargo que hice —habló la señora Lansbury, aproximándose a la cesta cubierta por el paño blanco—. Ustedes sigan su tarea, por favor.

Daisy se encogió de hombros, y la cocinera prosiguió preparando pasta para el *pudding*. La esposa de Roger apartó la tela y comenzó a situar sobre la madera las diversas piezas de carne, bien envueltas en papel fuerte. Debajo, iba la destinada al asalto, como final de la remesa.

Sin embargo, sorprendida, la señora Lansbury observó la presencia de un envoltorio más, en tela blanca, con manchas de sangre, propias de cualquier matadero. Enarcó las cejas, pasando rápida revista a todo cuanto extrajera de la cesta. No recordó haber hecho más encargos a la señora Stella Day, de Lambeth.

Con un gesto dubitativo comentó, tomando el envoltorio situado en la parte baja de la cesta:

—Debe haber un error, y han dejado aquí algo de otro cliente…

Desenvolvió la tela… y apareció otra, empapada en sangre oscura, dentro de la cual había algo rígido, puntiagudo y triangular.

Perpleja, incluso inquieta, desenvolvió aquella última tela, acartonada por la cantidad de sangre que la empapara… y el cuchillo largo y afilado, de matarife, apareció ante sus ojos asombrados.

No era eso lo peor sino que, enganchados al cuchillo aquel totalmente oscurecido por la sangre, eran visibles jirones color crudo de encajes de ropa femenina… ¡y cabellos largos y rojizos, al parecer pertenecientes a un ser humano, a una mujer sin duda alguna!

Estaba aún contemplando atónita, impresionada, aquel objeto cuya presencia en el cesto de la carnicería no tenía sentido, cuando se abrió la puerta posterior de la cocina, apareciendo en ella uno de los mozos de servicio, con otra cesta de viandas para la casa de los Lansbury, y su voz tronó, dirigiéndose a la doncella y a la cocinera:

—Es horrible, muchachas. ¿Conocéis la última noticia? En Lambeth, esta última noche, han degollado a otra mujer… Una bonita pelirroja llamada Lorraine Miller… fue asesinada con un cuchillo de carnicero…

En ese preciso instante, Karin emitió un grito horrible, soltó el cuchillo ensangrentado… y se desvaneció sobre el pavimento.

* * *

Jarvis, Jonathan y otros varios vecinos permanecieron en sus puertas, expectantes.

Toda la calle hervía en conmoción. Las mujeres gritaban, arremolinadas:

—¡Muerte! ¡Muerte al asesino! ¡Linchadlo! ¡Que no escape a la justicia el canalla!…

Los policemen se las veían y se las deseaban para impedir que la masa de mujeres pudiera desbordarles definitivamente, precipitándose sobre la zona acordonada. Muy pálida, demudada y como si hubiera recibido un brutal mazazo en su cabeza, Stella Day, la carnicera, permanecía custodiada por dos agentes de uniforme, mientras el constable Smithy, con otros tres policías, conducían hacia un coche celular de Scotland Yard, tirado por dos caballos, al esposado Bernard Day, el matarife de Lambeth.

—¡Soy inocente! —rugió éste, encarándose con la gente hacinada en el exterior. Agitó sus manos esposadas—. ¡Juro que soy

inocente, y todo esto es una maldita calumnia para que la policía no sufra más censuras por parte del pueblo de Londres! ¡Yo no maté a nadie jamás!

—¡Asesino! —Chillaron las mujeres, enfebrecidas, sin hacerle caso—. ¡Asesino! ¡A la horca con él!

La esposa ocultó el rostro entre sus fuertes manos de carnicera, sollozando. Bernard, lívido, fue empujado al coche celular, no sólo por los agentes de uniforme, sino también por los miembros de paisano de Scotland Yard, éstos armados de revólver.

Se cerraron las puertas metálicas tras él. Arrancó el carruaje, sobre el empedrado, en tanto los policemen abrían paso entre la enfurecida multitud, incluso teniendo que enarbolar sus porras amenazadoramente contra las indignas mujeres de Lambeth.

—Dios sea loado, patrón —suspiró Jonathan, sacudiendo la cabeza—. ¿Quién habría de decirlo? El propio Bernard Day, nuestro vecino…

—Bueno, yo no estaría seguro del todo, muchacho —masculló el cantinero, ceñudo.

—¿No? —Jonathan le miró, curioso—. ¿Tal vez supone… que aquel cliente misterioso…?

—¿Qué cliente?

Pegó un respingo el joven mozo, realmente sobresaltado, como si tuviera justo detrás de sí al Degollador en persona, y giró la cabeza hacia el hombre que, como un fantasma, apareciera en la esquina, fumando parsimonioso una pipa de madera tallada.

Por un momento, él y Jarvis creyeron hallarse ante el cliente en persona. Cuando menos, vestía también con elegancia, era alto y llevaba macferlán y sombrero de copa alta. Pero visto con calma, quizá éste fuese más joven y más enjuto. También era de rostro más afable. Sus penetrantes ojos grises, escudriñaron a ambos hombres.

—Oh, nada, nada… —murmuró Jonathan, evasivo, tras rehacerse de su sobresalto—. ¡Era sólo un comentario con mi patrón, señor…!

—Chapman —dijo el joven de oscuro macferlán—. Peter Chapman. Soy periodista y escritor, no detective ni policía. Pueden hablarme confiadamente, señores. Estoy recorriendo esto, en busca de detalles interesantes para mi periódico. Y los pago bien: una guinea los datos corrientes; dos guineas los especiales y tres, los

fuera de serie. Eso del «cliente misterioso» que, casualmente, he captado en su comentario, parece ser de esta última clase. Por tanto… serán tres guineas.

—¡Tres guineas, patrón! —Resopló Jonathan—. Es mucho, ¿eh? No las gano en un mes de trabajar para usted en la cantina…

—Muchacho, no te metas en líos —le avisó hoscamente Jarvis, mirando con disgusto al joven Chapman—. Por tres guineas no vale la pena complicarse la vida. Si hablas de ese cliente a los periodistas, puede que ellos publiquen tu nombre en los diarios… y el Degollador resuelva cerrar una boca tan locuaz…

—¿El Degollador? —Indagó ingenuamente Chapman—. ¿Cómo? ¿Pero no es el carnicero Day? Si está en poder de Scotland Yard, ¿cómo podría hacer nada a ese muchacho?

—Está bien, cuéntale la historia —rezongó Jarvis, irritado—. Pero yo me lavo las manos en todo esto. No me gustan los periodistas.

Y se metió en la cantina, arrastrando su pierna. Chapman le estudió de soslayo, sin perder de vista el rengueo acentuado de aquel hombre. Luego, elevó sus grises ojos inteligentes y agudos hacia Jonathan.

—Yo tampoco… yo tampoco siento simpatía por los periodistas —dijo Jonathan, enrojeciendo vivamente—. Pero sí por las guineas…

—Entiendo —sonrió Chapman. Puso tres guineas en manos de Jonathan. Éste contempló su pequeña fortuna, asombrado y codicioso—. Bien, ¿qué hay de ese cliente misterioso?

Jonathan le contó absolutamente todo: lo de la noche en que Maggie Brown estuvo en la cantina, el hallazgo del desconocido en el servicio, allá en el patio… y el incidente denunciado después por el propio Bernard Day, al señalar que la puerta entre ambos patios estaba abierta, y le faltaba un juego de cuchillos nuevos.

Chapman escuchó en silencio, limitándose a asentir de vez en cuando. Luego hizo notar, reflexivo:

—Me gustaría ver ese patio, Jonathan. ¿Seguro que tu patrón no objetará nada?

—No estoy muy seguro, señor —sonrió con aire de complicidad el mozo—. Pero existe un truco fácil.

—¿Cuál?

—Entre y tome algo, cualquier bebida. Luego, pretexte ir al servicio. Yo estaré en el patio recogiendo leña para el hogar. Le mostraré los detalles.

—Buen chico, Jonathan —sonrió Chapman, complacido. Empujó la puerta de la cantina, en tanto se disolvía en la calle el agrupamiento de mujeres locuaces, y quedaban de vigilancia, ante el matadero clausurado de los Day, un par de agentes uniformados —. Vamos allá…

Momentos después examinaba sobre el terreno, tras un alto en consumir su vaso de cerveza, el patio, la puerta pequeña con cerrojos, los servicios donde apareciera el desconocido, e incluso el patio del degolladero vecino, al que asomó poniéndose en pie sobre los leños, apoyado en la tapia de ladrillos que separaban ambos recintos.

Descubrió las instalaciones del matarife, los animales colgados de unas vigas, las pieles del desolladero, la sangre que lo salpicaba todo, los cuchillos alineados en muros y mesas…

—Confío en que toda esa sangre sea sólo de reses sacrificadas —rió lúgubremente Chapman, bajando de su oteadero y sacudiendo el polvo de sus manos—. De todos modos, no es nada difícil robarle cuchillos a ese matarife… o que él finja que se los robaron y dejase su puerta intencionadamente abierta, Jonathan.

—Cierto, señor. Pero Day parece un buen hombre, pese a su feo aspecto —comentó el mozo de la *pub* de Jarvis.

—¿Te inclinas más por la versión del misterioso cliente que fingiera estar ebrio… y que tras robar los cuchillos a los Day, siguió a Maggie, asesinándola? —Fue la pregunta escueta de Chapman.

—Sí, señor —el muchacho inclinó la cabeza—. Tal vez esté equivocado, pero…

—De todos modos, es interesante tu sugerencia. La tendré en cuenta. Ahora, dibujaré un rostro de hombre, en el mostrador de la cantina. Quiero que me ayudes a ir reconstruyendo, de algún modo, ese rostro, si recuerdas las facciones del desconocido. ¿Crees que podrás hacerlo con alguna fidelidad a lo real?

—Pues… no estoy seguro, señor. Podría identificar quizá al hombre, pero… de ese modo parece muy difícil…

—Sin embargo, los dibujantes de la policía acostumbran hacer pruebas así, y a veces les resulta bien. Lo intentaremos, cuando

menos. Y habrá otra guinea para ti, Jonathan.

—En ese caso señor… ¡haré lo imposible por ayudarle! —aseguró entusiasmado el muchacho con sus ojos brillantes de placer.

—Lo imaginaba —suspiró apaciblemente Peter Chapman.

* * *

—Fue horrible, Peter…

—Lo imagino, Richard —desvió su mirada de su buen amigo Palmer, para dirigir una ojeada de comprensión a la señora Lansbury—. Ella imaginó enseguida de qué se trataba, ¿no?

—Bueno, parece que entró en sospechas apenas descubrió el cuchillo ensangrentado, situado extrañamente debajo de las piezas de carne de encargo. Pero luego, al ver los jirones de encajes… y los cabellos rojos… estuvo casi segura. Sólo faltó que el mozo de la tienda inmediata dijera lo ocurrido, para que la pobre Karin perdiera el sentido, vencida por la impresión…

—Es natural que ocurriera así. —Chapman estudió a la dormida señora Lansbury, sometida a tratamiento de sedantes por el médico—. Hubo de causarle una impresión terrible.

—Evidentemente. No es lo mismo oír hablar de esas cosas… que establecer contacto con ellas directamente. —Richard contempló pensativo a la esposa de Roger Lansbury—. Pobre Karin, amiga mía…

—¿Y su esposo? —indagó de repente Chapman mirando en torno, interesado.

—¿Roger? Tuvo que ir a la empresa que dirige como gerente y administrador general. Es un buen negocio, digno de los Kellaway…

—¿Kellaway?

—Es el nombre de soltera de Karin. Su padre era dueño de una inmensa fortuna. Y de importantes industrias. Ahora Roger, como esposo de Karin, regenta todo eso.

—Entiendo. ¿No podía quedarse hoy junto a su mujer, dadas las circunstancias?

—No fue posible; Roger tiene asuntos importantes que resolver y no puede posponerlos. Por eso me quedé yo aquí, a cuidar un poco de Karin.

—La aprecias mucho, ¿verdad? —sonrió Chapman, pensativo.

Sí, mucho —la contempló en silencio—. Hace años de eso,

amigo mío. Desde que era soltera. Creo que incluso estaba enamorado de ella. Pero eligió a Roger.

—Comprendo. Las cosas no siempre salen como uno quiere. Lo que en ti era amor, en ella era sólo amistad —sacudió la cabeza, pensativo—. ¿Te avisó a ti antes que a la policía, apenas recobró el conocimiento tras tan horrible hallazgo?

—Sí. Yo fui en busca del inspector Finney… Amigo mío, dime algo: ¿qué crees que ha sucedido, exactamente, para que las cosas pasaran así?

—Es difícil deducirlo. Quizá Bernard Day olvidó en un cesto la prueba de su crimen, su arma del último asesinato. O pensaba abandonarla en alguna parte y le falló el plan por cualquier accidente tonto. Recuerda que fue su esposa la que trajo aquí esa cesta con la carne. Y ella no advirtió nada raro. También es posible que un asesino ajeno a la carnicería dejase el arma intencionadamente, para inculpar a Day… En fin, las teorías pueden ser muchas. Un cantinero y su mozo de servicio, vieron a un cliente extraño, la noche del cuarto crimen. Ese hombre estuvo un tiempo dentro del servicio situado en el patio vecino al del matadero de Day. Pudo ser el Degollador. O sólo lo que parecía: un cliente ebrio y despistado. Todo esto es muy complejo, amigo mío. Scotland Yard opina que Day es su hombre, y se sienten satisfechos con la prueba aportada por Karin, pero…

—Pero ¿qué?

—No sé… —Chapman meneó la cabeza, dubitativo—. Nunca se sabe, hasta que todo está claro como el día. Y este asunto dista mucho de estarlo aún, pese a todas sus apariencias, Richard.

Luego, observó que la cocinera entraba en el dormitorio con una tisana humeante, que dejó sobre la mesilla. Chapman pareció recordar algo.

—¿Hoy suple usted a la doncella? —sonrió a la cocinera, como distraído.

—Sí, señor —suspiró la mujer de cabello canoso—. Es la tarde libre de Daisy. No he querido que se privase de ella a causa de la señora… Yo puedo cuidarla, hasta las cinco y media, en que Daisy regresa a casa…

* * *

—Ha sido una maldita coincidencia, Daisy —murmuró Roger Lansbury, en el reservado de aquel salón de té de Lambeth, a la mujer que cubría su rostro con un velo, sentada frente a él—. No sé cómo diablos tuvo que ocurrir hoy, precisamente…

—Pero ha ocurrido —cortó la voz de ella, bajo el velo, fríamente —. Hay que aceptarlo de ese modo, Roger. Debemos esperar…

—¡Esperar! ¿A cuándo? —Se irritó él, golpeando la mesa con la palma de su mano, enérgicamente.

—Cálmate —le replicó Daisy con sequedad—. Yo también ardo en deseos de que todo se resuelva. Pero la señora no sale hoy de casa y tú lo sabes. ¿Cómo podríamos hacerlo, en tal caso?

—Estoy pensando en ello, Daisy. ¿Sabes cuándo irá mi mujer a visitar a esa pitonisa, a *madame* Clement?

—Ha pospuesto la visita, desde luego. Yo misma llevé el recado a esa señora… —La disfrazada doncella inclinó la cabeza—. Es una mujer extraña…

—¿Quién?

—Ella. La… la adivina, echadora de cartas o lo que sea, Roger. Me inquietó su aspecto.

—¿Por qué? Eso no tiene sentido. ¿Qué tiene de inquietante?

—Todo. Su rostro, su modo de mirar, su apariencia… No me sorprendería que viese el porvenir…

—¡Bah, tonterías! ¿Por qué se te ocurren esas cosas ahora? Es sólo una embaucadora, como todas las de su clase. *Madame* Clement… Seguramente, ni siquiera es francesa…

—Tiene el acento. Pero eso es lo de menos. Sus ojos parecen de fuego.

—Daisy, ¿estás empezando a sentirte impresionada por todo lo que te rodea? ¿Ésa es tu serenidad ante los hechos trascendentes? —se mofó él.

—No hablo ahora de… de lo nuestro. Hablaba de *madame* Clement, esa mujer… Me miró de un modo raro, recogió el recado, y se limitó a decir: «Sí, ya lo sabía…». Y parecía verdad. Era como si no le sorprendiera nada el aplazamiento.

—Quizá oyó comentar a la vecindad lo ocurrido. No tiene nada sobrenatural.

—¿Tampoco lo tendría para ti el hecho de que me mirase con extraña fijeza y…? y me dijera con voz profunda, como viendo algo

en mí: «Tenga cuidado, jovencita. De la fortuna a la muerte hay poca distancia a veces. Muy poca…». Di, ¿eso tiene sentido? Y antes de que yo pudiera decirle nada… cerró la puerta de su piso.

—¿Eso dijo? «De la fortuna a la muerte hay poca distancia a veces…» —repitió con un escalofrío Roger Lansbury—. ¿Estás segura de que dices la verdad, Daisy?

—No olvidaré esas palabras nunca. Sonaron de un modo…

—Paparruchas. Dirá lo mismo o cosa parecida u otras doncellas, para impresionarlas. ¿Quién no sueña con la fortuna cuando es joven y no posee nada? Olvida eso, y hablemos de lo nuestro, Daisy…

—Hablemos, Roger. Te escucho. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo que hemos decidido.

—¿Cuándo?

—El sábado. Ella ha cambiado de fecha. He visto una nueva tarjeta de la dama esa, *madame* Clement. Acepta la misma hora, pero en sábado.

—¿Las seis de la tarde?

—Sí. Las seis. Será noche cerrada. La niebla parece que durará toda la semana, y acaso más. Todo nos favorece.

Daisy dudó. Luego, sus manos pálidas se crisparon sobre el mantel de la mesa.

—Pero Bernard Day, el matarife, está detenido.

—¡Lo sé!

—Eso dificulta las cosas…

—Por el contrario. Si las cosas suceden así, le soltarán. Y si es culpable, volverá a matar. Será la mejor coartada.

—¿Y si no es culpable?

—Matará el auténtico asesino. De todos modos, la coartada es válida.

—¿Y… si no sueltan a Day?

—No tendrán más remedio. La opinión pública lo pedirá así. Lo exigirá escandalosamente.

—¿Por qué estás tan seguro de eso? —musitó Daisy, tensa.

—Porque tenemos que hacerlo todo como te he dicho. El sábado, a las seis, entre la vivienda de *madame* Clement y nuestra casa, Karin morirá asesinada. Lo haremos tú y yo, Daisy. Pero todo, todo, deberá acusar al Degollador…

CAPÍTULO V

Peter Chapman se despidió de Richard Palmer y de Roger Lansbury en la puerta de la vivienda. Aquel viernes noche, la niebla era más profunda que en días anteriores. Virtualmente, más allá de la verja de aquel típico edificio británico de varios escalones de acceso a la entrada, sólo eran visibles dos halos de luz lechosa pertenecientes a dos farolas de gas, de la acera de Harleyford Road.

Más allá, un velo pastoso de bruma sucia formaba el telón de fondo. Y tras él, la noche que se iniciaba era un misterio insondable, profundo y estremecedor, donde todo parecía posible.

Ante la casa, pasó un carruaje negro, charolado, tirado por dos briosos caballos. Peter lo despreció, mientras estrechaba la mano de su amigo y del marido de Karin.

—¿No llama a ese coche? —Indagó Roger Lansbury—. Es de alquiler…

—¡No importa! Encontraré otro en Kennington Lane, seguro. Me gusta pasear en la niebla de vez en cuando.

—Por fortuna, no es usted mujer —rió el marido de Karin—. En ese caso, pensaría de otro modo.

—Es posible —dijo Chapman, riendo a su vez. Agitó la mano, despidiéndose de ambos—. Bien, caballeros. Hasta otro día. Tengo mucho que hacer en Scotland Yard. Mi amigo, el inspector Finney, está interrogando a estas horas al carnicero Bernard Day, y quisiera saber si, por fin, ha confesado ser el Degollador.

—Ojalá sea así —suspiró Richard—. No tengo nada personal contra ese hombre, al que ni siquiera conozco, pero me gustaría saber que el asesino está a buen recaudo. Sería un alivio para todos nosotros. Para Londres entero.

—¿No cabe la posibilidad de que ese matarife sea inocente? —Era Roger Lansbury quien sugería la cuestión.

—Nunca se puede afirmar o negar la inocencia de un hombre, en tanto no hay suficientes pruebas para ello —dijo Peter, encogiéndose de hombros—. Yo, desde luego, no he sido quien acusó a ese hombre. Ni su esposa tampoco, señor Lansbury. Ella se limitó a informar de un hecho… y Scotland Yard hizo el resto. Aún es posible todo: incluso que liberen a ese carnicero por falta de pruebas o porque, realmente, sea inocente. Bien, buenas noches, amigos. Se está haciendo tarde y tengo mucho que hacer antes de que cierren la edición de mi periódico.

Peter Chapman se alejó. Pisó la acera charolada. Un momento después, se fundía en la niebla, como si formara parte integrante de ella.

La puerta de la residencia Lansbury se cerró allá atrás. Chapman volvió la cabeza. No vio nada. La bruma era como una masa que le envolvía, difuminándolo todo en la noche. Sus pasos resonaron huecos en el silencio. A lo lejos, rodó algún carruaje. En otro lugar, alguien habló por una ventana, que luego cerró quizá para evitar que el smog londinense penetrara en la vivienda.

Peter Chapman iba pensando en diversas cosas. Cruzó una serie de manzanas. Sólo distinguía su propia sombra, proyectándose en la niebla que le envolvía. Y salpicaduras de luz en la distancia. Si hubiese existido un abismo en medio de la calle, se hubiera hundido irremisiblemente en él.

De repente, el grito de mujer sonó justo ante él. Fue un grito de vivo terror. Y tan próximo, que sintió un escalofrío. Extendió sus brazos, tanteando la bruma pastosa. Tocó un cuerpo humano, frío y escurridizo. Lo aferró, en un esfuerzo.

El alarido de mujer aterrorizada, se repitió, casi proyectándose contra su rostro.

* * *

—No tema —dijo roncamente Peter Chapman, recuperando la serenidad—. No sucede nada. No pienso atacarla. ¿He sido yo quien la asustó?

Apenas si podía vislumbrar una silueta femenina en la niebla, sujeta por sus brazos. Un cuerpo que casi se desplomó, flácido. Y quizá lo hubiera hecho, de no retenerla con firmeza el joven periodista.

—Dios mío, por un momento creí… —jadeó una voz de mujer cerca de él.

—¿Que yo era el Degollador? —Rió de buena gana Peter—. ¿No lee los periódicos? Está en manos de la policía…

—No. No está en manos de la policía —fue la inquietante respuesta surgida de la niebla—. El Degollador está libre. Anda suelto por ahí. Quizá cerca de nosotros. Puede que, incluso, sea usted, señor…

Peter miró son sorpresa la figura borrosa. La acercó a sí con repentina brusquedad, no exenta de corrección. Observó que había aferrado a la dama por un brazo y un hombro. Al tenerla cerca, entre la claridad borrosa de una farola y el gris sucio de la niebla espesa, descubrió que era joven. Joven y hermosa.

Sorprendido, estudió con rapidez sus cabellos de color rubio oscuro, caídos en bucles sueltos y suaves. Los ojos pardos, grandes y dilatados, la boca entreabierta, de labios muy rojos… Pálida, más bien alta, esbelta, vestida con sencillez. Una capa oscura colgaba de sus hombros, flotando en el gris nocturno.

La contempló fijamente. Y ella a él. Ahora que ambos se veían, la muchacha pareció más calmada. Evidentemente, Peter Chapman inspiraba confianza. Sonrió a la muchacha, y ella terminó por suavizar la tensión de su rostro amedrentado.

—¿Por qué dijo eso? —preguntó Peter.

—¿Por qué dije… el qué?

—Eso sobre el asesino… Ha debido oír que ese carnicero está acusado de los crímenes…

—Lo he oído. Pero sé que no es culpable.

—¿Lo sabe? ¿Cómo?

—*Madame* Clement lo dijo…

—¿*Madame* Clement…? ¿Cómo puede ella estar segura de algo así?

—¿Olvida que lee el porvenir, que conoce el destino de las personas?

—Entiendo. Es usted una de sus clientes convencidas, ¿no es cierto?

—No, no es eso. No soy cliente suya —sonrió la joven.

—Pero… ¿no habla de ella tan segura?

—La he visto trabajar. Sabe lo que dice. No es ninguna farsante,

señor. Y yo no soy de las que pagan por escucharla. Trabajo para ella.

—Oh, ya veo. ¿Ayudante suya?

—Ayudante doncella y muchas cosas más en una pieza —rió ella de buen grado—. Sí, soy su sirvienta, pero cobro una serie de necesidades de su trabajo y de su vida doméstica. Quizá gano más que una doncella vulgar, pero también trabajo mucho más y me veo sometida a más obligaciones.

—Comprendo. Ahora ya veo mejor la razón de sus palabras. ¿Habla como persona interesada en la vida profesional de *madame* Clement?

—Quizá. Pero, para serle sincera, creo en ella. Ve mucho más lejos que otros.

—¿Por ejemplo…?

—Ha dicho algo terrible hoy mismo —pareció inquieta, y se estremeció—. Dijo… dijo que la Muerte está cerca. Muy cerca. Que ronda esta calle. Y que su roce helado lo ha sentido sobre su propia piel. También dijo que el carnicero será liberado, porque no es culpable. Y añadió que en el mundo, no siempre se debe centrar toda la culpa en un solo hombre…

—¿Qué puede significar todo eso? —sonrió Chapman. Pero sólo sonreía con los labios. Sus ojos permanecían graves y serios—. ¿Usted lo sabe?

—¡No, por Dios! Yo no leo el porvenir, ni siquiera el presente. Me gustaría saberlo, pero todo queda lejos de mi conocimiento… —suspiró—. Bien, señor. Celebro que no sea el asesino de Lambeth.

—Esto no es Lambeth —sonrió de nuevo Peter—. Ni usted es una de las «damas» elegidas por el Degollador, aunque éste esté libre…

—*Madame* Clement habló de algunas cosas… Dijo que no sólo en Lambeth ronda el crimen. Cree adivinar que el Mal está cerca. En Kennington. Y amenaza a una mujer. No dijo a quién. Se lo pregunté, pero… pero no añadió más. Estaba en trance.

—Vaya, está haciendo tan buena propaganda de su señora, que; me siento tentado de visitarla cualquier día, para conocer mi porvenir —rió Chapman—. Parece realmente fuera de este mundo.

—Fuera de este mundo… —repitió ella, como estática—. Sí, a veces lo he pensado… Bien, debo dejarle, señor, aunque su

compañía me resulté grata en medio de esta niebla hostil. Mi señora me encargó que visite a una cliente suya para que cambie la hora de visita. Vive cerca de aquí. Espero hallar su casa, en medio de este puré de guisantes. Son los Lansbury…

—¿Los Lansbury? —Enarcó las cejas Peter—. Son amigos míos. Vengo de su casa.

—¿De veras? Eso sí que es una grata coincidencia —suspiró ella, aliviada—. Siempre resulta agradable relacionarse con personas conocidas de los amigos… o, por lo menos, de los clientes.

—¿La señora Lansbury es cliente de *madame* Clement?

—Va a serlo el sábado por la tarde —suspiró la muchacha—. Pero no a las seis, como ella cree. La señora debe salir de viaje a esa hora. Será a las cinco en punto. Debo notificar el cambio de la hora a la señora Lansbury…

—Comprendo. No se moleste en ir hasta allá, si teme la noche y la niebla… sobre todo, después de las raras premoniciones de su señora. Yo me ocuparé de eso personalmente.

—¿Usted? ¿De veras?

—Sí. No me cuesta nada volver sobre mis pasos e informar a la señora Lansbury, créame. Esté segura de que daré el encargo puntualmente.

—Bien… —suspiró la muchacha—. Gracias, señor…

—Chapman —sonrió él—. Peter Chapman.

—Mi nombre es Jane Harriette Hartland, señor Chapman —se inclinó, en graciosa reverencia—. Y le agradezco mucho su favor. Tengo miedo. Miedo a la noche. Miedo a la niebla. Miedo… a las palabras de mi señora. Y también al Degollador, por supuesto. Recuerde lo que dijo *madame* Clement: el crimen anda suelto por Lambeth… pero también por Kennington…

Estrechó su mano suavemente. Y se alejó, hundiéndose en la niebla, de regreso a casa de la adivina donde prestaba sus servicios.

Peter respiró hondo. Se encontró de nuevo solo en la niebla. Era como haber perdido algo. Una visión maravillosa se había fundido en la nada. Como si nunca hubiera existido.

Sacudió la cabeza, sonriente. Y regresó a casa de los Lansbury. Roger ya no estaba. Y Daisy, la doncella, no fue quien le abrió, sino la cocinera de la mansión. Momentos después, Karin sabía el cambio de hora. Asintió, desde su butacón del gabinete donde se

recuperaba de la impresión sufrida por la presencia del arma ensangrentada en la cesta de la carne, dio las gracias a Peter por su atención, y éste se despidió de ella, saliendo junto con Richard, que le llevó al centro en su carruaje.

Peter Chapman ignoraba que había sido un personaje elegido por el destino para alterar ciertos factores en juego. Con todas sus terroríficas consecuencias…

Unas consecuencias que, tal vez, sólo hubiera podido prever una persona como *madame* Clement, y que, de hecho, ya había presentido con sus raros poderes.

* * *

—¿Confesó?

—No, Peter —resopló el inspector Finney, con un gesto de hastío —. No ha confesado absolutamente nada. Sigue negando. Es más: jura y perjura que quieren perjudicarle. Que le robaron el otro día un juego de cuchillos nuevos. Que alguien puso ese arma ensangrentada en el cesto de reparto de carne… y, desde luego, admite que es uno de sus propios cuchillos. No podía hacer otra cosa, porque lleva sus iniciales grabadas: B. D. Pero añade que pertenece al juego robado. Y su esposa, Stella Day, corrobora tal cosa. Naturalmente, esto último no significa nada por sí solo, pues ¿qué otra cosa iba a decir su mujer? Pero Bernard Day no ha confesado nada. Es un tipo duro, lo admito.

—Y quizá inocente.

—Quizá —refunfuñó Finney, encogiéndose de hombros—. Pero parece implicado. Estamos obligados a interrogarle exhaustivamente. Es nuestro primer sospechoso razonable, diga lo que diga.

—¿Y el cliente misterioso de la cantina El Caballo Dorado? —indagó ingenuamente Peter.

—Oh, eso… —Finney hizo un gesto evasivo—. Sólo tengo la descripción que dieron, el cantinero y su mozo. Y ese dibujo que usted nos entregó, Chapman. Puede ser un tipo inofensivo o el Degollador, no sé. De momento, aún no ha sido hallado. Smithy, nuestro agente en Lambeth, justo en el distrito de los asesinatos, está intentando localizarlo con una copia de dicho retrato robot. No confío demasiado en todo eso, la verdad.

—Yo tampoco. Pero todo hay que probarlo, inspector. Si Day es inocente, habrá que buscar al verdadero culpable. Y si es culpable, el asunto estará cerrado definitivamente. Vale la pena adoptar toda clase de medidas que conduzcan al fin de esta pesadilla. Por cierto, inspector, ¿tiene establecida alguna vigilancia en distritos vecinos, como en Kennington pongamos por caso?

—La normal en cualquier distrito de Londres —arrugó el ceño el policía, estudiando reflexivo a Peter—. ¿Por qué pregunta eso?

—Oh, por nada. Pero alguien me sugirió que bien podía suceder que nuestro asesino cambiara de escenario… y algo pudiese acaecer también en Kennington.

—¿Quién dijo esa tontería? Kennington es un barrio residencial, por muy cerca que se halle de Lambeth. No hay motivo para hacer caso de especulaciones sin base.

—Está bien, inspector. Era sólo una pregunta de simple curiosidad. Fue una adivinadora del porvenir quien presintió la posibilidad de un crimen en Kennington…

—¡Una adivinadora! —Se escandalizó Finney—. Oh, Chapman, ¿es que quiere burlarse ahora de mí?

—Hablaba muy en serio, inspector.

—Yo también hablo en serio, Chapman. Deje esto, y ocúpese de escribir sus crónicas. Es misión mía ocuparme de los crímenes presentes y futuros. Y no olvide que, salvo ocurrir algo anormal por completo, el asesino está en nuestro poder… y terminará por confesar sus crímenes. Buenas noches, amigo mío.

—Buenas noches, inspector —le deseó Peter, encaminándose a la salida de Scotland Yard con paso decidido—. Pero no olvide lo de Kennington. Tengo buenos amigos allí. Y amigas también. Jóvenes y atractivas amigas, a quienes no me gustaría ver morir a manos de un carnicero asesino…

* * *

La bruma continuaba siendo terriblemente densa. Su especial intensidad de aquellos días, había llegado a ser noticia primordial en los diarios y en el comentario popular. Los meteorólogos, aventuraban en el Times que podía durar incluso una semana más, con igual o parecida densidad.

Con la presencia de la espesa masa gaseosa invadiendo las calles

de Londres, el frío, la humedad —especialmente esta última—, y la inclemencia general, se iban acentuando por momentos.

Ya eran pocas las personas que se aventuraban por las calles apenas dieran las cinco de la tarde en los relojes. El invierno hacía que oscureciera pronto, y los londinenses tenían miedo a la noche.

Quizá no sólo por la niebla, ésa era la verdad. En las primeras páginas de los diarios, aparecía la noticia con grandes titulares:

«EL CARNICERO DE LAMBETH, ARRESTADO.
¿ES BERNARD DAY, EL MATARIFE, EL AUTENTICO CRIMINAL?».

Ahí estaba el mal. En los interrogantes, en las dudas mismas de los periodistas, y en la poca confianza que, por el momento, mostraba el propio Scotland Yard en poder acusar formalmente a su prisionero de los delitos que todo el mundo conocía.

Unido a la niebla, la pegajosa humedad y el frío que calaba hasta los huesos, estaba el colectivo temor de todo Londres, muy especialmente el de la zona de la ciudad que se extendía al sur del Támesis:

—¿Será cierto que el Degollador está a buen recaudo… o sigue suelto por las calles, a la espera de su sexta víctima?

Las mujerzuelas de Lambeth, brillaban casi totalmente por su ausencia. Las calles aparecían desiertas. Los carruajes rodaban rápidamente sobre el empedrado, y las casas ajustaban fuertemente sus puertas y ventanas, por si el criminal alteraba su técnica repentinamente, y entraba en alguno de aquellos edificios.

Esa noche de densa niebla, hubo dos noticias importantes para Scotland Yard.

La primera, fue el informe del constable Smithy, de Londres, llegado urgentemente a las oficinas de la policía londinense.

El propio inspector Finney, ocupado oficialmente del caso, recibió el informe en un mensaje personal del policía:

«Localizado e identificado el caballero ebrio que el cantinero Jarvis y el mozo Jonathan recogieron de los servicios de la cantina El Caballo Dorado, en Lambeth, la noche del asesinato de Maggie Brown.
Se trata de *Sir* Willard Travers, aristócrata inglés medio arruinado, con la carrera de Medicina y Cirugía terminada… y enfermo de un

mal venéreo, según informes confidenciales. Estoy tratando de localizar su paradero actual para proceder a su arresto como posible testigo».

Tal fue la primera noticia que puso en movimiento esa inclemente noche invernal al inspector Ralph Finney.

La segunda, tardó algún tiempo más en conocerla.

Y procedía justamente de Kennington, no de Lambeth.

* * *

Los botines de mujer taconearon en la ancha acera con rapidez. La capa rojo oscuro envolvió el cuerpo aterido de frío, camino de la esquina inmediata. Un carruaje negro, charolado, esperaba allá en la niebla, algo más lejos de la propia esquina del edificio de ladrillos rojos que se fundía en la niebla.

La soledad y el silencio de la calle, pese a no ser hora avanzada en exceso, parecieron impresionar a la dama, cuya caperuza fue alzada y cayó sobre los cabellos, abrigando parcialmente su rostro, del que brotaba el entrecortado vaho de su aliento. Ojos inquietos y preocupados miraron en torno, sin ver mucho más de lo que ya apreciara antes: niebla espesa, formas oscuras de edificios borrosos, y manchones de luz en los extremos superiores de negras y rígidas farolas de gas, dispersas con demasiada escasez, calle arriba y abajo.

El taconeo se aceleró. La esquina no distaba ya mucho más de veinte yardas. Tras ella no se percibía el menor ruido sospechoso o amenazador, y eso aumentó su confianza y serenidad, a pesar de la hosca noche en que se hallaba envuelta.

De súbito, dio un respingo. Se asustó ante la presencia de la figura que emergía de la niebla, cerrándole el paso.

—¿Qué significa…? —comenzó con voz ronca, buscando algo en sus ropas, bajo la capa color grana.

—Cálmese, señora —sonó suave una voz—. Soy yo. Vine a recogerla. Es tan mala esta noche, que tuve miedo por usted…

—Pero… ¿por qué…? —comenzó la mujer de la capa rojo oscuro, aliviada al identificar a su interlocutor como una representante de su propio sexo, cosa que descartaba la posibilidad de una agresión criminal por parte del temido Degollador.

La mano fría pero firme de la dama que emergiera ante ella, apretó con firmeza su brazo como dándole ánimos y confianza.

Pero ese mismo brazo la arrojó de súbito contra el muro de ladrillos rojos. Y simultáneamente, una mano enguantada surgió de la sombra, de la bruma, al otro lado de la mujer zarandeada, taponando su boca para evitarla exhalar el más leve grito.

En la niebla, rostros y cuerpos como perfiles fantasmales, informes, borrosos e inconcretos. El grito de angustia, de terror, se ahogó en la garganta de la mujer. Forcejeó en vano. Las manos de la otra mujer la sujetaban férreamente. También las del hombre enguantado.

Luego, de súbito, otra mano flotó, negra y lustrosa como la garra de un animal monstruoso y maligno, en las brumas pegajosas y fofas. Un objeto largo, afilado, destelló en la niebla un solo instante, al ser herido por un difuso reflejo lejano.

Cayó sobre una garganta, bajo la caperuza. Hirió un cuello palpitante, lleno de vida. Un terso cuello de mujer…

El filo rasgó piel y carne con chirrido acre. El forcejeo se hizo brutal. Los jadeos roncos eran estertores feroces de una boca totalmente bloqueada, incapaz de exhalar un grito de terror o de muerte.

El cuchillo insistió en su terrible degüello, para asegurar la muerte de la víctima. Cuando las manos enguantadas soltaron a la mujer de la capa grana, el cuerpo fláccido, agonizante, se derrumbó de bruces, con una serie de espasmos violentos en la acera.

Luego, hombre y mujer se apartaron de su víctima. Intentaron mirarse en la sombra gris de la bruma, sin descubrir gran cosa de sus facciones trémulas.

—¡Vamos! —jadeó él roncamente—. ¡Ya está hecho! ¡Vamos, deprisa! ¡Hay que buscar coartadas antes de que descubran el cadáver…! ¡Karin ya está muerta, querida… y somos libres!

Y la pareja se alejó de aquel lugar, no sin que antes el asesino trazara con el cuchillo bañado en sangre, sobre el ladrillo oscuro de la pared, un trazo desigual.

Una sangrienta letra S inicial de Slaughter…

Inicial de degollador…

Segunda parte

NIEBLA.

CAPÍTULO PRIMERO

La segunda noticia dejó petrificado al inspector Ralph Finney, de Scotland Yard.

—¿Qué? —balbuceó lívido, poniéndose en pie con brusquedad. Miró a su subordinado como si quisiera atravesarle de parte a parte con un afilado acero—. ¿Qué es lo que ha dicho usted, agente Fielding?

—Justamente lo que ha oído, señor —suspiró el policeman de servicio en Kennington, enjugándose el sudor con un pañuelo, tras despojarse de su casco reglamentario—. El cadáver está al cuidado de dos compañeros, señor. Unos ciudadanos se han prestado a rodear la zona, para impedir la proximidad de los curiosos.

—Está bien, agente. Todo eso me parece correcto, pero… ¿cómo ha dicho que sucedió todo?

—Lo ignoro, señor. No hubo gritos ni alarma, de eso estoy bien seguro. Yo patrullaba esta noche por ese sector. No oía nada extraño. De repente, un cochero me gritó que había vislumbrado un bulto en la acera y algo oscuro corriendo por el empedrado. No se atrevía el pobre diablo a ver lo que era, pero me condujo allí. Encontré el cuerpo…

—Por todos los diablos, ¿quién era?

—Una mujer joven y atractiva. No mayor de treinta años, diría yo. Es horrible, señor. Estaba degollada. El arma debió herirla ferozmente, casi partiendo su cuello en un semicírculo completo. Todo aparecía bañado en sangre. Y… y en la pared de la casa…

—Termine. ¿Qué había en la pared de la casa?

—La… la letra S, señor. Como en Lambeth. La S de Slaughter… con sangre.

Anonadado, Ralph Finney tomó su sombrero bombín y su abrigo negro. Se encaminó a la salida, pálido y nervioso.

—Maldita sea… —refunfuñó—. En Kennington… ¡el Degollador otra vez! Habrá que soltar a ese carnicero… Chapman tuvo razón. Kennington, el mismo asesino, otra víctima… ¡Por todos los diablos, agente Fielding, vaya al News y tráigame al reportero Peter Chapman aunque sea cogido por una oreja! ¡Es una orden! ¡Llévelo directamente al lugar del crimen!

—Sí… sí, señor…

* * *

Richard consultó, nervioso, el reloj de bolsillo. Cerró la tapa, mirando inquieto a Roger.

—¿Seguro que no estás preocupado, amigo mío? —indagó.

—¿Por qué había de estarlo? —sonrió Roger Lansbury, con un medio bostezo, dejando de hojear, impávido, el Times. Probó un sorbo del té que les sirviera momentos antes Daisy, la doncella, y contempló la taza intacta de su visitante—. ¿No tomas té, Richard?

—Cielos, no —jadeó el joven, incorporándose—. Me resultaría imposible ahora… Son ya las siete y cuarto…

Y Karin salió muy pronto de casa. A las cuatro en punto…

—Bueno, tenía cosas que hacer —suspiró el marido, indiferente —. Compras, unas visitas… Incluso creo que iba a ver a una echadora de cartas o algo así… Ya sabes cómo son las mujeres cuando se les mete en la cabeza esas tonterías. La embaucarán, y le sacarán siete u ocho guineas, pero será feliz. Yo de ti no me preocuparía, Richard. Y ya ves que es mi propia esposa…

—Pero Roger, en los momentos actuales… con todo lo que sucede en Londres… Con esa niebla de todos los diablos, ya en plena noche…

—Por favor, Richard, recapacita y trata de ser sensato. Esto no es Lambeth. Karin no es… una de «esas» mujeres… Y el criminal está en manos de la policía. ¿Qué puedes temer?

—No lo sé —mordisqueó su cigarrillo, y terminó aplastándolo en el gran cenicero de plata—. Pero estoy preocupado, lo confieso. Temo por Karin.

—No eres su marido, Richard.

—¿Qué puede importar eso? Pude haberlo sido. Lo eres tú, y no te guardo rencor.

—¿Seguro?

—¡Seguro, Roger! Deseo que seáis felices, porque eso significará la felicidad de Karin. Por ello mismo me preocupada su seguridad… No debería salir en días así.

—Te repito que no tiene sentido alarmarse. Pero si eso te tranquiliza, podríamos salir juntos a buscarla… Estoy cansado por cuanto tuve que hacer esta tarde en el trabajo, pero no me perdonaría alarmarte hasta ese punto. Y, si realmente Karin corriese el menor peligro, sería horrible no hacerte caso. ¿Vamos, Richard?

—Sí, vamos. Me sentiré mejor. Esa mujer quizá la retuvo más tiempo del debido, pero aun así…

—Estás imaginando cosas —rió Lansbury, incorporándose y conduciéndole a la salida—. Pronto te reirás de esos temores tuyos, tan infundados. En marcha, amigo mío…

Salieron al *hall*, tras tocar Roger una campanilla. A sus plateadas notas, acudió prestamente Daisy, con su impecable vestido negro y su delantal y cofia blancos. Roger la miró, significativo.

—Mi amigo, el señor Palmer, teme por la señora. Vamos a tratar de encontrarnos con ella, Daisy. Si vuelve en mi ausencia, dígale que regresaremos enseguida.

—Sí, señor —asintió ella, dominando sus emociones con frialdad —. Así lo haré.

Richard tomó su macferlán. Roger le imitó, y caminaron rápidos hacia la puerta. La abrieron con brusquedad, disponiéndose a salir.

—Buenas tardes —saludó desde el umbral Karin Lansbury, sonriente, envuelta en su capa granate oscuro—. ¿Adónde vais tan deprisa los dos?

Roger palideció mortalmente. Daisy se tambaleó en la escalera, estando a punto de caer.

En ese instante, un grito agudo, terrible, llegó de la calle. Y se mezcló con el grito de vivo horror incontenible que emitió Daisy desde la gran escalera de la casa…

* * *

—¿Qué ha sucedido? —indagó agitadamente Richard Palmer.

—Apártese, señor —pidió el policía de servicio, con firme amabilidad—. No se acerque, por favor. Es un cadáver. Una mujer asesinada. No, no se acerque nadie.

Richard, lívido, retrocedió. Encontróse con Roger, con Karin,

con otros curiosos agolpados en la calle, entre la densa niebla. Eran como rostros fantasmales, flotando en la bruma. Un hálito impalpable de terror les envolvía a todos, como si brotara entre la humedad viscosa de la niebla.

—Dios mío —musitó—. Es horrible. Otro crimen, Roger. Y pudo ser ella, Karin…

Roger, demudado, goteando frío sudor, apoyado en un muro, asintió indeciso, sin saber lo que ocurría, sin entender nada de nada. Recordando aún la capa grana de su víctima en la niebla, de la mujer a quien atacara con el cuchillo, pensando que era Karin…

Karin, que seguía llena de vida, contemplando aquel horror con aire demudado pero sereno y tranquilo. Karin, a su lado, tomándole por el brazo, sin imaginar siquiera…

—Sí, pudo ser Karin… —La voz de Roger Lansbury era un ronco, quebrado hilo de voz. Parecía realmente sobrecogido. Por primera vez, muchos advertían en él las claras huellas de la emoción y el horror. Pero difícilmente hubiera imaginado nadie la verdadera razón de tales sentimientos ante la muerte violenta que ensangrentaba de nuevo las calles londinenses. Tras un silencio, añadió lo que tanto le obsesionaba en aquellos últimos minutos—. Pero… ¿quién ha sido, exactamente, la víctima?

—Todavía no se sabe —murmuró Richard, pensativo—. Y si se sabe, han juzgado oportuno no decirlo… ¡Oh, allí llega un carruaje! Y de él descienden Ralph Finney… y Peter Chapman. Tal vez ahora logremos saber…

El policía y su acompañante se abrieron paso hasta el lugar rodeado de gente, a la que unos agentes uniformados mantenían a prudencial distancia, evitando que pudieran pisar los regueros y charcos de sangre del empedrado, junto a la amplia acera donde se cometiera la brutal agresión.

Richard avanzó decidido, seguido por la joven pareja Lansbury, que parecían la viva imagen de la confusión, la angustia y el amor mutuo. Karin se protegía crispadamente junto a su esposo, aferrando sus brazos con calor, casi con zozobra. Sí ella hubiera conocido el papel de Roger en aquel drama, hubiese huido despavorida de su proximidad, que significaba para ella la amenaza siniestra del odio, las bajas pasiones y la muerte misma.

—¡Peter! —llamó Richard Palmer, al serles negado el paso a la

zona del crimen—. ¡Eh, Peter!

Chapman giró la cabeza. Contempló a su amigo y a los Lansbury, reflexivo. Hizo un gesto de calma, indicándole que no tardaría en reunirse con ellos. Luego, se inclinó, examinando el cadáver junto al inspector Finney. Las lámparas de dos agentes de Scotland Yard, dieron claridad al espeluznante cuadro.

Los desorbitados ojos de la mujer se clavaban en ellos sin verlos, como dos enormes y heladas cuentas de vidrio, que sin duda, tendrían en vida un intenso fulgor y una indiscutible profundidad. La boca abierta, como buscando anhelante el aire de una vida que se le fue desgarradoramente del cuerpo, había vomitado coágulos de sangre. Debajo de aquel rostro de mujer joven todavía, pero ya rozando con la madurez, los dos desgarrones del arma homicida habían causado un desastre en su garganta lechosa, salpicada de leves pecas. Un collar de piedras verdes y plata vieja, aparecía totalmente teñido de un rojo apelmazado, lo mismo que el cuello de su capa grana, los bordes inferiores de la caperuza, y parte de sus sedosos vestidos oscuros, sobrios y elegantes.

—Era hermosa, sin duda —meditó Finney, ceñudo—. E inquietante…

Peter Chapman enarcó las cejas. Miró al carruaje detenido en la inmediata esquina. Su cochero miraba despavorido la escena, con su inconfundible macferlán negro, su alto sombrero de reflejos y sus manos enguantadas. Se volvió hacia él, inquiriéndole:

—Eh, usted… ¿Es el suyo un coche de alquiler?

—Sí, señor… —tartajeó, alarmado, el hombre, dando un paso atrás.

—No se alarme. ¿Está aquí por curiosidad, esperando un cliente, o…?

—Espero un cliente. Debo llevarle a la estación Victoria entre seis y siete. Pero ya pasa demasiado tiempo, y aunque me pagaron bien por ello, deberé marcharme…

—¿Sabe quién era su cliente?

—Una dama de esta vecindad. Sólo me dijeron que se llamaba señora Clement o algo así…

En ese instante, sonó un grito agudo a sus espaldas. Peter se volvió con celeridad. La mujer que gritaba, lo hacía ante el cuerpo tendido en la acera. El inspector Finney y unos agentes, trataban de

ayudarla en aquella crisis.

—Gracias —dijo Peter Chapman—. No se vaya aún, cochero…

Y corrió a reunirse con los personajes situados más cerca del cadáver. Reconoció a la joven que se debatía, aterrorizada, en brazos de los policías.

—¡Señorita Hartland! —saludó, al identificarla—. Usted… ¿Qué le sucede?

—Ella… ella… —sollozó Jane Harriette Hartland, señalando a la mujer muerta—. Es ella… ¡Es *madame* Clement!, Mi pobre señora Clement… ¿Por qué ella? ¿Por qué?…

Peter Chapman no dijo nada. Estaba pensando lo mismo. Giró la cabeza, pensativo. Y, casualmente, sus ojos se deslizaron sobre Richard Palmer y los Lansbury. Se detuvieron en una prenda, especialmente: la capa de Karin Lansbury.

Era de color grana oscuro, con caperuza. Casi idéntica a la de la señora Clement, la adivina del porvenir.

* * *

—No hay duda que tuve mucha suerte, Peter…

—Sí, Karin —asintió Peter Chapman, el nuevo amigo de los Lansbury—. Mucha. Si usted fue a visitar a esa adivina, como sabíamos todos, pudo ser la víctima del Degollador…

—Pero yo creí… que el Degollador estaba preso, a buen recaudo… —protestó Roger.

—Es lo que el inspector Finney creía —sonrió tristemente Peter, mirando al esposo de Karin, pensativo e irónico—. Como se ha visto, no era así. Tendrá que soltar a ese infeliz carnicero, cuya única culpa reside en manejar muy bien los cuchillos y en haber sido sus propios elementos de trabajo los utilizados en estos crímenes… Lo cierto es que Slaughter sigue suelto por esas calles… y esta vez varió su técnica notablemente: eligió otro barrio, otra clase de víctima… e incluso mató con mayor ferocidad si cabe. Y, sin duda, quizá preocupado por el nuevo distrito en que se movía, con mucha mayor tosquedad.

—¿Tosquedad? —dudó Roger, enarcando las cejas.

—Eso dije. Los cortes son imperfectos, desgarran más la piel y la carne de su víctima que en anteriores ocasiones. Yo diría que el brazo del criminal se mostró menos perfecto que otras veces, Roger.

—¡Pero se trata de la misma persona! ¿No? —Se impacientó Lansbury.

—Por supuesto: la forma de degollar, la letra S en la pared… Evidentemente, el criminal se preocupó mucho de que su firma no faltase, para que nadie dudara de su culpabilidad en este nuevo delito. Le felicito, Roger.

—¿A mí? —Se sobresaltó Lansbury—. ¿Por qué?

—Por su clarividencia —sonrió Peter, probando un sorbo de café caliente, en la calma apacible y llena de confortable calor del gabinete de los Lansbury—. Usted temía algo así, ¿recuerda? Un posible error, un cambio del criminal hacia otros barrios cercanos…

—Oh, lo había olvidado. —Roger se pasó una mano temblorosa por la frente—. Cielos, estoy tan impresionado aún por todo eso…

—Lo comprendo —asintió Peter, mirando de soslayo a los demás personajes presentes en la sala: Karin, Richard… y la joven, demudada y pálida Jane Harriette Hartland, la que fuera doncella y colaboradora de *madame* Clement en sus tareas domésticas y profesionales. Ella les había acompañado, autorizada por el inspector Finney, que quería interrogarla más tarde sobre vida, costumbres y clientela de la francesa adivinadora del porvenir.

—Si usted hubiera ido a la hora convenida de antemano, señora Lansbury… —habló de repente Jane Harriette, saliendo de su mutismo, con la medrosa mirada fija en Karin—. ¿Se da cuenta de que hubiera podido ser la víctima indefensa de ese monstruo?

—Sí… —Se estremeció Karin—. Ya lo he pensado. Eran las siete y doce minutos cuando sonó el grito de quienes encontraron ese cadáver… Dijeron que llevaba, al menos, veintitantos minutos sin vida, a juzgar por la sangre coagulada y otros detalles… De modo que no hay duda. De no salir de viaje la señora Clement, y haber anticipado mi visita a las cinco… tal vez ahora no estaría yo aquí. Y ella estaría llena de vida…

—Ella presintió la proximidad de la muerte —suspiró Jane Harriette, ensombrecida—. No hay dudas: era una mujer notable. Una extraña e inteligente mujer que, a veces, me asustaba a mí misma. Creo que leía en realidad el futuro… y conocía hechos y personas. ¿Saben una cosa? A veces… a veces pienso que, incluso desde la tumba, podríamos saber algo de ella y recibir un mensaje suyo cualquier día…

Al inquietante comentario de la joven, siguió un profundo silencio. Roger se estremeció, oprimiendo entre las suyas una mano de Karin. Silenciosamente, entró Daisy, trayendo una bandeja de pastas y canapés. Peter la miró de reojo. Sus miradas se encontraron. La doncella retiró prestamente sus ojos de los del joven Chapman.

—Karin, ¿cómo no me dijiste lo del cambio de hora? —Indagaba ahora trivialmente Roger, aunque añadió prestamente—: Claro que eso me hubiera preocupado más aún, lo mismo que a Richard. Viniste tan tarde hoy…

—Aplacé mis compras para después de ver a *madame* Clement —sonrió dulcemente Karin—. Ella se iba de viaje. Iba a tomar el tren de las ocho en la estación Victoria, con destino a Dover. Pobre mujer… Nunca salió de esta misma calle…

—¿Te vio el porvenir *madame* Clement? —preguntó Richard, volublemente, quizá para romper un poco el peso angustiado de aquella reunión.

—Creo que sí —suspiró Karin—. La verdad es que todo parece color de rosa en mi vida, si ella no se equivocó en sus predicciones.

—¿Qué la dijo, Karin? —indagó Peter curioso—. Me intrigan las premoniciones de *madame* Clement, eso es todo. Estaba pensando en frases que ella dijo en vida… «El crimen rondaba por Lambeth. Pero también por Kennington…». Dijo que el carnicero sería liberado, y que no siempre las cosas las hacía una sola persona… También mencionó algo terrible: una mujer moriría en Kennington en breve. Y ella misma había sentido el roce helado de la muerte en su piel…

Miró a los presentes, como distraído, mientras evocaba las palabras que Jane Harriette le dijera en la niebla. Los pardos ojos de ésta asentían, recordando con renovado horror la premonición. Richard enarcó sus cejas, con mirada perpleja. Karin tembló, acogiéndose, muy pálida, a la protección de su esposo, de modo instintivo.

Peter, sin embargo, a quienes mayor atención prestó, aunque no lo parecía, era a Roger Lansbury y a Daisy, la doncella, que caminaba hacia la amplia puerta del gabinete para salir de él… pero con paso lento, como escuchando disimuladamente cuanto se decía. Luego, desapareció tras las hojas de lustrosa madera de roble.

Roger Lansbury estaba intensamente pálido. Las manos que oprimían las de Karin, temblaban ostensiblemente. Un halo incierto, como irreal, flotó en el gabinete por unos momentos.

—¿Eso… eso dijo ella? —susurró Karin, estremecida—. ¿Cómo puede saberlo, Chapman?

—Alguien me lo dijo —sonrió evasivamente Peter—. ¿Qué le presagió a usted, Karin?

—Una vida feliz, después de algunas angustias y de una gran decepción. También me dijo que había oscuros peligros sobre mi cabeza, pero que quizá almas nobles y honradas los conjurarían… y en la fidelidad de un hombre amante encontraría mi protección y mi propio destino definitivo. Hermoso y lleno de misterio, ¿no creen? —sonrió tristemente, mirando a Roger, su esposo, a quien besó—. Ya lo ves, querido. Debo confiar en ti, por encima de todo. Tú eres mi protección… y mi destino.

Roger asintió, con tensa expresión. La rodeó con un brazo fuerte, que sugería esa protección de que tan necesitada parecía hallarse ahora Karin. Peter enarcó sus cejas, apurando el café y saboreando despacio una pasta de té. Luego, se incorporó de súbito.

—Debo dejarles, amigos —habló—. No quisiera perderme la liberación del carnicero Bernard Day. Ni lo que estará ahora gruñendo nuestro buen amigo Finney, en Scotland Yard, ante el fantasma del más espantoso de los ridículos frente a la opinión pública… Además, me interesa profundamente un nuevo personaje de quien me habló el inspector, camino de Kennington.

—¿Un nuevo personaje? —se interesó Richard Palmer—. ¿Quién, Peter?

—Un caballero de la aristocracia británica: *Sir* Willard Travers. Arruinado a medias, aficionado a la bebida… y médico cirujano sin ejercer. Curiosa profesión, ¿eh, amigo? Un cirujano y un matarife… Personas idóneas para saber degollar limpiamente a una mujer en plena niebla, con pocas comodidades y escaso tiempo disponible.

—¿Qué hay de ese *sir* Willard?

—No sé aún. Parece que estuvo en la cantina El Caballo Dorado, la noche en que se cometió el cuarto asesinato, el de Maggie Brown… y pudo robar los cuchillos a Day, y matar a la mujerzuela. Por eso me interesa tanto verle, y comprobar qué tal anda su pulso, con tanta afición al alcohol. Porque el crimen de Kennington… no

denota mucha firmeza en el pulso del asesino al empuñar el arma…

Y salió del gabinete, con una cortés inclinación de cabeza. Ya en el vestíbulo, se detuvo junto al perchero. Sus dedos rozaron la tela gruesa, de buena lana, de una capa grana con caperuza.

A su espalda, sonó una voz suave, servicial:

—No, no está ahí su abrigo, señor. Es en el otro colgador…

Giró la cabeza Peter Chapman. Daisy, la doncella, estaba contemplándole desde una puerta de servicio, inmediata a la escalera. No le había oído pisar la gruesa alfombra. Los ojos inteligentes y fríos de la doncella, se clavaban también en la capa granate de Karin Lansbury.

—Vaya… —murmuró Peter—. Es cierto, torpe de mí… Creí haberlo dejado bajo esa capa granate… la de la señora Lansbury.

Dio vuelta, tomando su abrigo de la otra percha mencionada. Se lo puso, mientras Daisy se acercaba a él, sin intentar ayudarle. Luego, Peter miró de nuevo la capa.

—Es curioso —dijo—. Se parece mucho a la de una mujer a quien han asesinado esta misma noche… En la niebla, imagino que debía parecer idéntica. Como lo parecen las personas entre sí, cuando es tan densa como la de esta noche y ayer… Una mujer, casi igual a otra, ¿no cree Daisy? Hay que estar muy cerca y con luz, para distinguir a una de otra. Eso, por desgracia, no sucedía donde cayó *madame* Clement… Bien, buenas noches.

—Buenas noches, señor —dijo con frialdad Daisy, cerrando la puerta tras de Peter.

Y al quedarse sola, una tensa expresión de inquietud ensombreció el bello rostro sensual de la doncella. Sus ojos se quedaron fijos en la capa granate. Fulguraban, excitados. Parecía estar realmente bajo una impresión de incertidumbre y temor repentinos.

—Ese hombre… —susurró entre dientes—. Es como si supiera… o adivinara algo…

Se estremeció. En la casa, un reloj desgranó musicalmente las campanadas de las diez. En la calle, todavía había confusión y ruido en torno al lugar del crimen.

CAPÍTULO II

—¿Está usted loco, inspector? Yo no tengo nada que ver en todo eso…

—*Sir* Willard, no le acuso de nada… todavía —dijo pacientemente Ralph Finney, contemplando al hombre alto, enjuto, de cabello oscuro y rostro anguloso, sentado frente a él en la oficina lóbrega de Scotland Yard—. Sólo quisiera saber si fue capaz de ver algo sospechoso aquella noche, en la cantina de Jarvis o en la calle.

—Dios mío, esa noche… —farfulló *sir* Willard Travers—. Quisiera saber yo mismo lo que hice esa noche. Había tragado más alcohol que una cuba. Fui a los servicios de la cantina, en el patio. No recuerdo más, hasta que me bañaron en agua helada el cantinero y su mozo. Palabra, inspector. Debí quedarme profundamente dormido en el cuartucho maloliente aquel.

—Recuerda que era un cuartucho maloliente, cuando menos.

—Cielos, estuve allí otras veces, aunque espaciadamente, antes de esa noche. Jarvis no me recordó, es todo. Acostumbra tener mucha clientela a esas horas, y un borracho más o menos pasa desapercibido entre tanto humo, tanto bullicio… y tanta mujer de mala nota.

—Maggie Brown era una de esas «mujeres de mala nota» que usted cita. ¿La recuerda?

—No. Dicen que salió antes que yo de la cantina, pero mentiría si dijera que sé cómo era o lo que hizo. Sólo recuerdo que salí de allí a trancas y barrancas, y me fui a dormir.

—¿No vio ni oyó nada?

—No, inspector. No sé nada, se lo juro. Ni de ese crimen, ni del supuesto asalto al patio vecino, ni del robo de cuchillos. ¿Cree que podría llevar encima semejante juego de piezas de acero, sin que nadie lo notase en la cantina?

—Pudo hacer algo mejor, *sir* Willard. Como es envolverlos en un paño, tirarlos por la cerca al callejón, y recogerlos luego al salir, sin problemas para usted. En semejante paraje, es difícil que a esas horas pueda pasar nadie que se lleve un bulto así.

—Inspector, tiene una gran imaginación. Le aseguro que no tengo nada que ver en el asunto. Yo no soy el degollador que anda buscando. Si me acusa de algo, puede haber un gran escándalo. Especialmente, después de su fracaso con ese matarife de Lambeth.

—¿Cree que temo al escándalo? Prefiero correr el riesgo, a ver suelto a un asesino como Slaughter.

—Pierde el tiempo conmigo. Busque por otro lado, inspector Finney.

—*Sir* Willard, usted es médico cirujano, ¿no es cierto?

—Tengo el título, pero jamás ejercí —suspiró el aristócrata de ajado rostro—. Cosas de la vida. Me dediqué a holgazanear: bebida, juego, mujeres… Cuando me he dado cuenta, no tengo mucho dinero ya por gastar. Ni mucha salud, ésa es la verdad. Pero necesito seguir bebiendo. Quizá para olvidarme de la realidad. Y de lo estúpido que fui.

—Ha hablado de su salud, *sir* Willard. Siento tener que tocar tan delicado tema, pero ¿qué clase de mal padece usted?

Sir Willard se echó a reír amargamente.

—Sé por dónde va, inspector —dijo con sarcasmo—. No le andaré con rodeos. Por algo soy médico, después de todo, se trata de una dolencia que se contagia, con frecuencia, a seres quienes, como yo, han llevado una vida disoluta. Sobre todo, cuando se tienen pocos escrúpulos, como me ocurrió a mí. ¿Es eso, según usted, un motivo para levantar la teoría de una obsesión homicida?

—Pudiera serlo. Y usted lo sabe. Nos falta un móvil. Ése es válido, *sir* Willard.

—¿Incluso… para la muerte de la nigromante de Kennington? —rió entre dientes el aristócrata.

Finney se mordió el labio inferior, con disgusto. *Sir* Willard podía ser muchas cosas, pero no tonto. Sacudió la cabeza el policía, evasivo.

—Pensamos que pudo haber un error. Una muerte accidental. O acaso la obsesión ha conducido ahora al Degollador a odiar a toda clase de mujeres.

—Inspector, puede, encerrarme, acusado de asesinato. Pero no logrará nada. Volverán a matar a otra mujer, sin duda. Y tendrá que soltarme. Eso sería espantoso para su carrera, después del último fracaso con el carnicero. ¿Va a correr el riesgo?

—No. Pero le daré una orden: no intente abandonar Londres bajo pretexto alguno, sin solicitar antes un permiso mío especial… o le haré arrestar inmediatamente. Es cuanto haré por el momento, *sir* Willard.

—Me parece bien —sonrió el aristócrata—. ¿Algo más, inspector?

—No, nada. Puede retirarse —le vio caminar hacia la salida, y se le ocurrió hacerle una pregunta más—: ¿Está seguro de que no vio a nadie aquella noche… que pudiera ser el Degollador? Recuerde bien, *sir* Willard: en la calle, en el patio, o dentro de la cantina…

—No, a nadie… —suspiró *sir* Willard, sacudiendo la cabeza. Luego, pareció recordar algo. Y gruñó, antes de salir—: Bueno, sólo recuerdo que, a poco de abandonar la cantina, creí oír pisadas tras de mí. Me detuve cerca de una farola, preocupado… y el hombre pasó por mi lado, pero sin que le iluminase la luz de la farola. Tenía… tenía unos andares extraños…

—¿Extraños? —indagó el policía, en tensión.

—Bueno, sí… Recuerdo que, quienquiera que fuese, se encaminaba con cierta rapidez hacia el sur, hacia Walk Lane o cosa así…

—Walk Lane… Allí mataron a Maggie Brown. Siga, *sir* Willard. ¿Qué tenía de raro el modo de andar de ese hombre?

—Bueno, sus andares eran irregulares. Pisaba de diferente modo con un pie que con el otro… Arrastraba uno de ellos… Yo diría que era… que era cojo.

* * *

—Cojo… Pero eso no tiene sentido, inspector.

Finney no dijo nada. Cerca de él, Peter Chapman bebía apaciblemente una cerveza, apoyado en el mostrador de la cantina El Caballo Dorado. Eran las primeras horas de la tarde, y ese día la niebla no era muy espesa, pero los pronósticos meteorológicos hacían temer otra noche de densa bruma sobre Londres.

—Ningún sentido —repitió Jonathan, rascándose torpemente los

cabellos revueltos—. El patrón cojea. Todo el mundo lo sabe… Sufrió un accidente. Un carruaje le arrolló una vez, y estuvo a punto de perder la pierna, pero la salvó, aunque no tiene juego en la rodilla derecha. Cojea arrastrando esa pierna. Pero sospechar de él, es como sospechar de mí o del constable Smithy, inspector.

—Muchacho, incluso yo mismo podría ser el Degollador —rezongó de mala gana Finney—. De modo que con más motivo tú, tu patrón… e incluso el bueno de Smithy. No quiero decir que vaya a ser así, pero todos somos seres humanos.

—Quizá tenga razón. —Jonathan sacudió la cabeza—. Pero Jarvis no puede ser. Le conozco muy bien. Además, esa noche cerramos la cantina… y se acostó. Como siempre.

—¿Estás seguro? —Dudó Finney—. ¿Duermes en su mismo dormitorio?

—No, claro que no —rió ampliamente Jonathan—. Yo duermo arriba, en un desván. Él ocupa un dormitorio en la planta alta. Pero le oí entrar en su habitación, moverse de un lado a otro como siempre. Luego se durmió, imagino. Como siempre.

—Eso imaginas tú, Jonathan —suspiró el policía—. ¿Sabes si cuando cesaron los ruidos, él dormía… o había salido del edificio por alguna puerta trasera? ¿Las hay, no?

—Sí, claro: la del patio, la del callejón. Pero casi nunca se usan.

—Y si se usaran… ¿Tú te enterarías, Jonathan? —indagó Chapman, apurando su jarra, y pidiendo otra con el gesto.

El mozo le sirvió en silencio. Luego, negó con la cabeza. Puso la jarra ante Chapman.

—El patrón es muy cuidadoso. Me hace engrasar los goznes de todas las puertas. No, no se oiría nada, pero no creo que él usara salida alguna. Jarvis no puede ser el Degollador, como no lo era Bernard Day… Hay alguien que está acumulando pruebas sobre todos nosotros, para eludir sus propias culpas.

—Pues debe ser alguien que conoce bien esta vecindad —señaló hoscamente Finney.

—Yo siempre he dicho que el criminal tenía que ser alguien de Lambeth, señor —afirmó Jonathan, rotundo.

—¿De veras? —Dudó Chapman, limpiando sus labios de espuma—. Esa teoría es inteligente, muchacho. Alguien de la vecindad… Eso explicaría que se moviera con sigilo y rapidez… y que

desapareciera a pesar de todos los cercos policiales. Si entra en un domicilio de la zona, sin dejar rastro, nadie puede localizarlo una vez cometido el crimen. ¿Sospechas de alguien, en particular?

—No —resopló Jonathan—. Yo siempre pensé que sería el carnicero. Pero es porque no me cae simpático. Ahora, después de ese nuevo crimen, no sé qué pensar…

—¿Y si ese nuevo crimen, el de Kennington, no fuese cometido por el mismo Degollador? —sugirió de pronto Chapman.

—¿Eh? —Se volvió hacia él Finney, ceñudo—. ¿Qué tontería es ésa, Peter?

—Sólo hablo en hipótesis. ¿Qué sucedería entonces, Jonathan?

—Bueno, eso… eso cambiaría las cosas… —murmuró el mozo, perplejo—. Incluso podría suceder que… que Bernard Day sí fuese culpable…

—Es lo que yo estaba pensando —asintió Peter Chapman afablemente—. Si tenemos dos asesinos en vez de uno… es posible que mutuamente se estén creando coartadas.

Pero creo que al verdadero Degollador, eso no le gustará mucho.

—¿Por qué no? —Pestañeó el mozo, asombrado.

—Porque tendrá su propio orgullo de asesino, Jonathan. Es astuto, frío y despiadado. Le gusta dejar la firma de sus matanzas. Goza con ello. No es lógico que otra persona, por motivos muy distintos, pongamos por simple codicia, esté matando mujeres de otra condición, atribuyéndoselo a él… Es eso lo que quizá le fuerce a hacer algo. Algo que le permita enfrentarse a su imitador… Sería curioso presenciar el choque de esos dos asesinos…

—Peter, está fantaseando otra vez —se enfureció Finney—. ¿Por qué no se limita a exponer esos disparates en sus reportajes, sin mezclarse en mis pesquisas y desorientando a mis testigos?

—Quizá porque yo conozco a uno de los dos asesinos, inspector —sonrió Chapman fríamente—. Justo a quien no es el Degollador. No sé, pero cualquier día trataré de hacer un pacto con nuestro matarife de Lambeth, con el auténtico degollador de mujerzuelas… a cambio de ofrecerle la posibilidad de que dé un escarmiento a su torpe imitador de Kennington…

—¿De qué están ustedes hablando? —Sonó el vozarrón malhumorado, a sus espaldas.

Y Jarvis, el cantinero, entró en la tienda, arrastrando su pierna

derecha. Finney miró hacia ésta. Peter Chapman suspiró, inclinándose con una leve sonrisa de salutación.

—Divagaba, Jarvis —dijo irónicamente—. No me haga caso. Les dejo. El inspector cree que molesto a sus testigos, y él tiene que preguntarle muchas cosas.

Pero yo que usted, me buscaría un buen abogado o una sólida coartada, Jarvis. Es mala cosa que se suponga fundamentalmente que el Degollador… cojea al andar. Bien, caballeros, buenas tardes.

Y procuró no mirar al abobado Jonathan ni al inspector Finney. Porque suponía el gesto de ira que éste debía tener en esos momentos…

* * *

—Tiene que hacerse, Daisy. A pesar de todo.

—Roger, es peligroso… Muy peligroso. Temo que ese hombre sospeche algo…

—¿Chapman? Bah, ni siquiera es policía. Sólo un escritor entrometido. Puede pensar lo que quiera. No existirán pruebas contra nosotros. Y tendré mucho dinero para defenderme de sus acusaciones, si las hubiera. Pero creo que te dejas llevar por la imaginación.

—Ese hombre no me gusta, Roger. Parece estar siempre escudriñándolo todo, observando cuanto sucede a su alrededor… ¿Por qué no esperamos un tiempo?

—¿Y dejamos que el verdadero Degollador sea detenido, juzgado, acaso ajusticiado… y adiós a nuestra coartada? No, Daisy. Ahora es el mejor momento. Mejor que nunca. El matarife está libre, no hay sospechosos arrestados… Se vigila a *sir* Willard Travers, se interroga a un cantinero, se va ciegamente por ahí, de uno a otro… De repente, vuelve a aparecer el asesino de Kennington. Y sigue la racha de S…

—Roger, cometimos un terrible error ya, al confundir a esa *madame* Clement con Karin. Podría suceder que el error se repitiese con esa maldita niebla y…

—No habrá niebla que nos dificulte las cosas. No esta vez.

—¿Por qué estás tan seguro? Además, eso haría todo más peligroso…

Roger miró en derredor. Estaban hablando en murmullos, en la

habitación de aquella casa de mala nota a la que, dentro de un carruaje, debidamente ocultos los rostros, habían acudido, para planear su nuevo crimen. Sólo para eso. Roger sabía que Daisy seguiría inaprehensible, inalcanzable, en tanto Karin viviese.

—La mataremos en casa —dijo bruscamente.

—¡Roger! —Se dilataron los ojos de ella, con terror—. Oh, no… Eso es imposible…

—Lo haremos así. Su inseparable amigo Richard sale de viaje un par de días. Es el momento. No tendrá ayuda de nadie.

—Pero… pero matar a tu mujer en casa… es un riesgo terrible… El asesino nunca mató a nadie en su domicilio. Hará provocar sospechas…

—No seas tonta. Morirá en casa… pero no será hallada allí. Una vez muerta, la conduciré a un lugar adecuado, lo más cerca posible de Lambeth. No, mejor aún. Vas a colaborar conmigo sin que tengas que presenciar la sangre… Introducirás un narcótico, una droga en el té de la noche… Yo haré el resto.

—¿Qué harás?

—Inconsciente, la llevaré lejos, a un callejón. Allí la degollaré sin impedimentos, firmaré con la letra S… y regresaré a casa. Eso dejará allí sangre abundante. No habrá duda de que murió en ese lugar. Todo irá bien, ya verás.

—¿Y… y cuándo será eso? —quiso saber Daisy, temblorosa.

—Mañana mismo. Por la noche, después de la cena —sentenció implacablemente Roger Lansbury, que trató de envolver en sus brazos a Daisy, cerca del lecho grande y destartalado, de sucias ropas.

Ella se escabulló prestamente. Le miró con frialdad.

—Aún no, Roger —le avisó—. Si acaso… mañana por la noche. Después de que todo esté hecho…

Los ojos de Roger, brillaron.

—Todo irá bien —dijo—. Esta vez no puede fallar, Daisy.

—Lo estoy deseando, Roger —le espoleó ella, encaminándose a la salida, con cadenciosos pasos.

CAPÍTULO III

Peter Chapman besó la mano a Karin. Luego, oprimió la de Roger, que dominaba cómo podía su enorme impaciencia, su profunda tensión nerviosa.

El reloj melodioso de la mansión de los Lansbury, desgranó ocho campanadas.

—Es muy tarde —suspiró Peter—. Bien, buenas noches, amigos míos. En ausencia de Richard, creí oportuno venir a tranquilizarles. Todo marcha bien. La policía cree tener una pista. Se vigila a los sospechosos. Incluidos los Day en su carnicería de Lambeth… Kennington también está debidamente vigilado. No hay nada que temer, por tanto. Buenas noches… y hasta mañana.

—Hasta mañana, Chapman. Y gracias…

—Adiós, Peter —dijo Roger con falsa jovialidad—. Y trate de descansar un poco usted también. Tiene tanta o más actividad que el propio inspector…

—Muy cierto —suspiró Peter, sonriente—. Porque yo investigo también el caso… y, al mismo tiempo, escribo sobre él en mi futuro libro… Ya les hablaré de eso otro día.

Se alejó. Poco más tarde, rodaba el carruaje calle abajo, sobre el empedrado. La niebla era intensa. El tránsito, virtualmente nulo.

Cerróse la casa de los Lansbury. Karin se tocó las sienes, vacilante.

—Hace un rato que tengo sueño. Y un poco de dolor de cabeza…

—Es esa maldita niebla. Acaba por abatirle a uno —suspiró su marido—. Deberías hacer lo que te aconsejó Chapman cuando comentaste lo del sueño… Dormir, querida.

—¿Y tú?

—Creo que también me acostaré pronto hoy. Diré a Daisy que te

suba la cena. Yo tomaré cualquier cosa, firmaré unos documentos urgentes, y subiré en menos de una hora a reunirme contigo.

—¿De veras? —se animó la mirada de ella—. Será magnífico, Roger querido…

—Vamos, vamos. Se te cierran los ojos. Ven. Te llevaré arriba yo mismo… —La tomó en brazos con facilidad, e inició la subida de la escalera—. Daisy subirá enseguida, querida mía.

Desapareció en el piso alto. La puerta de servicio se entreabrió. Daisy sonreía extraña, fríamente, con la mirada fija en lo alto. Cuando descendió de nuevo Roger, ella le miró.

—Ya duerme —murmuró él—. Deja que pasen quince minutos. Prepararé entre tanto el carruaje. ¿Sigue en el patio?

—Sí, Roger —musitó ella—. Y dejé la puerta de salida entornada.

—¿Y… el cuchillo?

—Dentro del vehículo, en el asiento. Todo está preparado. Incluso tu capa para protegerte de salpicaduras de sangre.

—Bien. Entonces… manos a la obra. Retírate, Daisy. Yo llevaré a Karin al carruaje en su momento. Tú ve a la cocina. Procura que te vean, charla todo el tiempo, di que yo me he acostado, que la señora quizá salga más tarde, porque va a reunirse con unas amigas e irá al teatro…

—Sí, ya preparé todo en ese sentido —susurró Daisy—. Saldrá bien, estoy segura…

—Yo también —él miró su reloj de bolsillo—. Recuerda: quince minutos…

Asintió Daisy. Y se marchó, de regreso al ala de servicio.

Roger regresó arriba a las ocho y veinte minutos. Volvió a la planta baja con Karin en brazos. Pero no por la escalera principal, sino por la angosta de servicio. Daisy se estaría ocupando de que nadie la utilizara en ese momento.

Llegó al oscuro patio trasero de la casa. El carruaje, sin conductor, esperaba. Los caballos se agitaban, inquietos, en la niebla. Introdujo dentro el cuerpo de Karin. Luego, regresó a la casa, no sin antes envolver a su esposa en una amplia capa de lana, con forro de seda roja, y echarle la caperuza sobre la cabeza.

Se sentía incapaz de mirar el rostro de su mujer cuando tuviera que degollarla. Sería mejor así. Tras comprobar que el cuchillo

estaba en su sitio, estuvo de vuelta en el edificio.

Dispuso las cosas como si su mujer hubiera salido de casa. Daisy ya no se dejó ver más, tal y como habían calculado ambos. Lo importante era que la doncella tuviera coartada, cuando hallasen el cuerpo sin vida de su ama.

Roger había dejado luz arriba, y una figura con sus ropas, hecha con la almohada, ante la ventana iluminada. Eso podría contribuir a reforzar su propia coartada. El policía de servicio le vería forzosamente, en su ronda nocturna, repetidas veces.

Salió el carruaje del patio. Se adentró en la niebla, calle abajo. La puerta quedó entornada de nuevo, al bajar Roger a ajustar sus anchas hojas. No quería que algún patrullero indagase más de la cuenta al ver abierto el portón del patio.

Dentro del vehículo, el bulto oscuro del cuerpo de Karin, yacía sobre el suelo del carruaje. Arriba, en el pescante, con el cuello subido y el sombrero encasquetado, Roger Lansbury conducía a su esposa a la muerte.

* * *

Era un buen lugar.

Un callejón sin salida, un pasaje más allá, una pequeña plazoleta silenciosa y oscura… Roger respiró hondo.

Bajó del pescante. Entró en el carruaje. Cargó con el cuerpo inerte, envuelto en la capa negra y roja. Lo echó al hombro, y lo condujo hasta el pasaje angosto. Depositó su humana carga en el empedrado, sobre la acera.

Luego, regresó a por el cuchillo, largo y afilado. Daisy se había provisto de uno aquel día, sin indicarle dónde lo obtuvo. El acero cortaría fácilmente el cuello de la persona indefensa rendida a sus pies. Roger sabía que no había fallo posible. Ni el más mínimo.

Esgrimió el arma, con su mano enguantada. Se inclinó sobre el cuerpo femenino indefenso. Respiró hondo. Miró a ambos lados. Todo era silencio, quietud, oscuridad y niebla. La farola más cercana, daba un pálido reverbero al rincón elegido para el monstruoso crimen a sangre fría.

—Querida… ¡lo siento! Esto me libra de ti. Me proporciona tu dinero, la libertad… y la posesión de Daisy.

Luego, alzó el arma. Descendió hacia la garganta de Karin.

* * *

Bajo la caperuza negra, no falló el acero punzante, incisivo.

El chasquido de la carne al ser hendida, estremeció a Roger Lansbury, que sintió locos deseos de echar a correr, de huir de allí despavorido.

Pero continuó, decidido, inclinado sobre el cuerpo indefenso, que sólo tuvo una agitación leve, espasmódica casi, al serle cortada la garganta profundamente. La sangre oscura brotó tumultuosa, con un gorgoteo. Corrió por el asfalto húmedo, a los pies de Roger.

El crimen estaba realizado.

Dejó caer el cuchillo, tembloroso. El acero tintineó en el asfalto. Recordó algo, y recuperó el arma. Firmó en el muro, mojándolo antes en el torrente escarlata: S.

Luego sí, dejó caer el arma definitivamente. No importaba que esta vez el cuchillo apareciese junto a la víctima. Nada importaba ya. El crimen sería atribuido al Degollador, que era lo que pretendía, Lo demás, no tenía ya para Roger Lansbury la menor importancia. Lo peor estaba hecho.

Se incorporó. Caminó hacia el carruaje negro, charolado, que esperaba ante él, como un verdadero vehículo fúnebre. Se dispuso a subir al pescante, tras una última mirada al cadáver ensangrentado que, como un bulto informe, yacía en el pasaje.

—Adiós, Karin —dijo lúgubremente.

De súbito, la niebla perfiló aquella silueta. Fue como una aparición.

La sombra erguida se materializó ante él, entre el humear espectral de la bruma. Unos ojos centelleantes y feroces se clavaron en él. Roger sintió que todo vacilaba bajo sus pies. Quiso gritar y notó la boca y la garganta secas.

—Hola, Degollador —dijo la voz grave, sombría, extraña y sarcástica—. ¿Terminando tu tarea de esta noche?

—¿Qué… qué está diciendo? —jadeó, convulso, sin saber qué decir—. No… no soy el asesino… Acabo… acabo de encontrar a esa mujer… Iba… iba a denunciarlo ahora…

—No, claro… No eres el asesino… Tú… tú no eres el Degollador, ¿no es cierto? —Sonó la voz sibilante, extraña y cruel, brotó de aquella figura sin rostro, en la que sólo era visible el destello maligno de unos ojos.

—¡No, juro que no! —Sollozó Roger Lansbury, buscando mentalmente una salida desesperada a su situación, súbitamente agravada ante aquel desconocido inquietante—. ¡Juro que no soy el Degollador! ¡Tiene que creerme!

—Te creo, te creo… —rió la voz, malévola—. Te tenso que creer… ¿Y sabes por qué…? Porque YO SOY EL DEGOLLADOR…

Y en la mano enguantada de aquel desconocido, aquella mano que súbitamente aparecía ante los ojos alucinados de Roger Lansbury, un largo, afiladísimo, centelleante cuchillo de carnicero, brilló en la niebla, reflejando la escasa luz de gas.

CAPÍTULO IV

—¡El Degollador! —El pánico, la angustia indescriptible, invadió a Roger, helando sus miembros, paralizando su mente—. ¡No, no es posible…!

—Sí, Roger Lansbury… Soy el Degollador… Tuvo razón tu amigo Peter Chapman… Mucha razón… Él me sugirió esto… Le vigilé a él. Y al vigilarle, te vigilé a ti. Te estuve siguiendo de cerca esta noche… Observé cuanto hacías… No era difícil sospechar algo así, después de fijarse en lo sucedido la otra noche en Kennington… Te equivocaste de víctima, ¿no es cierto? Era tu mujer la víctima… Y esta noche lo lograste… Bien, Lansbury. Jugaste a un juego peligroso. No debiste firmar con mi nombre. No me gusta eso. Yo mato a otra clase de mujeres… Yo soy diferente a ti…

—Dios mío… —contempló el avance implacable de aquella figura, el centelleo del arma de acero punzante en sus dedos de negro guante—. ¿Qué… qué pretende?

—Matarte, Lansbury.

—¡No, a mí no! —aulló—. ¡Yo no soy una de sus víctimas!…

—Vas a serlo. Por ruin. Por cerdo. Por pretender echar sobre mí tus propios crímenes… Eres demasiado cobarde para aceptar tus culpas y tus responsabilidades, ¿eh, Lansbury?

Ahora, todo va a acabar para ti… ¡Todo, Lansbury!

Y el cuchillo brilló, relampagueante, hacia el cuello indefenso de Roger.

En ese momento, restalló la detonación, seca y áspera.

El arma huyó de la mano del Degollador. Éste gritó roncamente, pretendiendo huir.

Trató de dar media vuelta, de escapar… Y Roger también, sin esperar a más…

—Roger… ¿Por qué lo hiciste? —preguntó la voz profunda,

grave y acusadora.

Y de la niebla, ante los dos asesinos… ¡APARECIÓ EL ESPECTRO DE KARIN LANSBURY!

* * *

—¡Nooo! ¡Karin, no, Dios mío…! —aulló, lívido, descompuesto. Roger Lansbury. Miró atrás, vio el inerte cuerpo ensangrentado… y rodó de bruces en el empedrado, sollozando y con sus nervios y su resistencia completamente rotos.

—Roger, yo te amaba… No podía creer semejante horror —siguió acusando Karin—. ¿Por qué, Roger, llegar a este grado de maldad y de odio?…

—Karin, Karin, por el amor de Dios… —gimió Roger, convulso, hincando sus dedos en el empedrado, a punto de enloquecer—. Te suplico, te ruego que no me mires así… Karin…

Mientras tanto, el Degollador, sobrecogido por la presencia increíble de la mujer muerta, era también víctima de la confusión, el terror a lo desconocido, la angustia de quien no entiende lo que ve, porque está más allá de lo humano…

Pegado al muro, gimoteaba, en plena crisis, hasta el punto de romper en llanto infantil.

Así le sorprendieron los agentes que, surgiendo de todas partes, esposaron al criminal, al tiempo que otros policías se hacían cargo de Roger Lansbury. Éste sollozaba ahogadamente, sin oponer resistencia, fija su mirada desorbitada en el fantasma de su mujer, alzado ante él en la niebla:

—Karin, mi amor… No vengas de la Muerte para acusarme… No debí hacerlo. Estaba loco, totalmente loco… Esa mujer… Esa maldita mujer, incitándome siempre… ¡Daisy me cegó, me enloqueció de deseos, de demencia criminal, maldita sea! ¡Ella, ella fue mi cómplice! ¡Ella debe también pagar en la horca conmigo!…

—No puede hacerlo ya, Roger —habló apaciblemente otra figura que emergió cerca de Karin, y que tomó a ésta con firme brazo, contemplando con amargura al criminal de Kennington.

—¡Peter Chapman! ¡Usted! —Se horrorizó Lansbury—. ¿Qué hace aquí?

—Asistir a su agonía final, Roger. Ha acusado a su cómplice, pero ella nunca subirá al patíbulo. Y resulta curioso y terrible a la

vez, darse cuenta de que usted, precisamente USTED… subirá a ese patíbulo, acusado del asesinato de… Daisy, la doncella…

—No, no… —Horrorizado, con sus cabellos erizados, Roger se tambaleó, entre los policías. Luego miró atrás, al bulto inmóvil, sangrante, que otros agentes examinaban ahora—. ¿Qué ha querido decir con eso…? Ella no puede ser…

—Sí, Roger. Ella era. Usted ha degollado a Daisy…

—Cielos… ¿Cómo pudo ser, Dios mío? Yo llevé a Karin… a Karin al carruaje —y señaló a la que parecía un espectro surgido de la niebla.

—Yo aconsejé a Karin que no tomara nada esta noche, que fingiera beber té, café o vino, sin probarlo. No quise decirle por qué. Luego, en mi visita, en un momento de ausencia suya, Roger, le expliqué que alguien quería drogaría, y que usted nada sabía ni debía saber. Actuó conforme a mis instrucciones. Luego, al subirla arriba, como la pedí, pude comunicarme con ella desde la calle, y avisarla de que fingiera dormir, mientras usted la trasladaba a alguna parte. Le pedí encarecidamente que fingiera, sin moverse. Lo hizo muy valerosamente. Y usted llevó a Karin al carruaje. Yo, entre tanto, sí había vertido un narcótico en la bebida de Daisy, la doncella, en la cocina. Por la puerta de servicio, la saqué al patio, la cambié por Karin, a quien prometí explicarle todo cuando usted mismo se delatara. Era preciso hacerlo así, porque yo me di cuenta de que alguien me seguía últimamente, y ese alguien era… el Degollador. Mi cebo había hecho picar al asesino de Lambeth. Él quería vengarse en su imitador… Y casi lo logra. No pudimos hacer nada por salvar a Daisy, pero sí por salvarle a usted. Lo hizo demasiado rápido, Roger. No tiene usted conciencia… En cuanto a nosotros, nos limitamos a seguirles a prudente distancia. Eso impidió que Daisy fuera salvada de su terrible suerte… pero hubiera sido ejecutada, de todos modos.

—Y… y el Degollador… —jadeó Karin, estremecida, apoyándose en Peter—. ¿Quién era, amigo mío?

—Ahí lo tiene —señaló Chapman al criminal—. El único en quien nadie se fijaba jamás… y que podía entrar y salir libremente de la cantina, deambular por ahí… Es… Jonathan, el mozo… Un pobre reprimido sexual, un enfermo que aborrecía a las mujerzuelas por reírse de él… y porque sentía ante ellas una profunda

vergüenza, un miedo enfermizo, que luego desembocó en ese complejo criminal… Como suponía, sólo se trataba de un pobre loco…

—De modo que era preciso tender esta trampa doble para coger a dos asesinos a la vez… —dijo uno de los oficiales de la policía, mirando con respeto a Peter Chapman.

—Exacto —sonrió Peter, conduciendo a Karin hacia un carruaje cercano. Ella sollozaba ahogadamente—. El inspector Finney va a llevarse un buen disgusto cuando sepa que le pisé su terreno. Tranquilícese usted, agente. Ante la opinión pública… él se llevará todas las glorias del caso. Dígaselo así. Yo, renuncio a toda popularidad y agasajo…

Hizo subir a Karin a un carruaje. Los agentes se alejaban, con los dos asesinos. Otros policías guardaban el cadáver de Daisy.

—¿Y ahora…? —susurró Karin, angustiada.

—Ahora, querida amiga, esperará a Richard en su casa. Es un buen amigo… y él sí la ama de veras. La amó siempre… *Madame* Clement se refería a él en sus augurios… y no se equivocó. Después de todo, yo he podido ayudarla, porque la conocí a través de Richard. —Ha sido usted muy generoso, muy noble y muy inteligente… Dios le bendiga, Peter…

—Gracias, Karin. Ha sido muy grato poderla salvar de ese horror… En cuanto a mí, es posible que nos veamos a menudo por Kennington… Mi… mi amistad con esa joven, Jane Harriette Hartland, va por buen camino… Es una gran chica, créame…

Karin le miró dulcemente, desde sus ojos anegados de llanto, mientras el carruaje rodaba sobre el empedrado de negro charol húmedo.

—Le creo, Peter —murmuró—. Una chica como usted se merece…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.